

LAS
IMPROBABLES
MADRES DE CRISTO

REV. ANDREW LANNING

LAS
IMPROBABLES
MADRES DE CRISTO

REV. ANDREW LANNING
Faith Protestant Reformed Church
Evangelism Committee

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

2012 por Rev. Andrew Lanning

Todos los derechos reservados

Las citas bíblicas para realizar el trabajo de traducción fueron tomadas de la versión Reina Valera 1960

Las solicitudes de permiso para citar este libro deben dirigirse a:

Faith Protestant Reformed Church

Evangelism Committee

7194 20th Avenue

Jenison, Michigan 49428

Teléfono: 1.616.457.5848

Email: fec@faithprc.org

Web: www.faithprc.org

Trabajo de Traducción por: Johann Daniela González.

CONTENIDO

Unas serie de sermones sobre
"Las improbables madres de Cristo"

2010

REV. ANDREW LANNING

PRÓLOGO 9

Capítulo 1 — Tamar: Apostasía y Rendición 13
Mateo 1:2-3 & Génesis 38

Capítulo 2 — Rahab: Consagración al Señor23
Mateo1:5 & Josué 2, 6:17-18

Capítulo 3 — Rut: Salvación por Gracia35
Mateo 1:5 & Rut 4

Capítulo 4— Betsabé: Camino a la restauración.....47
Mateo 1: 6 & Segunda de Samuel 11, 12

Capítulo 5— María: Bendita eres Tú!.....61
Mateo 1: 6 & Lucas 1:26-56

PREFACIO

MATEO 1

- 1** Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham.
- 2** Abraham engendró a Isaac, Isaac a Jacob, y Jacob a Judá y a sus hermanos.
- 3** Judá engendró de Tamar a Fares y a Zara, Fares a Esrom, y Esrom a Aram.
- 4** Aram engendró a Aminadab, Aminadab a Naasón, y Naasón a Salmón.
- 5** Salmón engendró de Rahab a Booz, Booz engendró de Rut a Obed, y Obed a Isa.
- 6** Isaí engendró al rey David, y el rey David engendró a Salomón de la que fue mujer de Urías.
- 7** Salomón engendró a Roboam, Roboam a Abías, y Abías a Asa.
- 8** Asa engendró a Josafat, Josafat a Joram, y Joram a Uzías.
- 9** Uzías engendró a Jotam, Jotam a Acaz, y Acaz a Ezequías.
- 10** Ezequías engendró a Manasés, Manasés a Amón, y Amón a Josías.
- 11** Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos, en el tiempo de la deportación a Babilonia.
- 12** Después de la deportación a Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel, y Salatiel a Zorobabel.
- 13** Zorobabel engendró a Abiud, Abiud a Eliaquim, y Eliaquim a Azor.
- 14** Azor engendró a Sadoc, Sadoc a Aquim, y Aquim a Eliud.
- 15** Eliud engendró a Eleazar, Eleazar a Matán, Matán a Jacob;
- 16** y Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús, Jesús llamado El Cristo.
- 17** De manera que todas las generaciones desde Abraham hasta David son catorce; desde David hasta la deportación a Babilonia, catorce; y desde la deportación a Babilonia hasta Cristo, catorce.

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

Los siguientes sermones fueron predicados como una serie de adviento con motivo de la celebración del nacimiento de nuestro Señor.

Debido a que el Hijo eterno de Dios nació en nuestra carne, tiene una ascendencia humana, una genealogía humana. Para esta serie de adviento analizaremos algunos de los antepasados de Cristo, que se encuentran registrados en Mateo 1.

La genealogía de Cristo en Mateo 1 es única, ya que en esta genealogía de hombres encontramos registrados los nombres de cinco mujeres: Tamar, Rahab, Rut, Betsabé y María.

Todas estas mujeres tuvieron el gran honor de ser madres de Cristo. Con certeza, Dios honró a estas mujeres al hacerlas madres de Cristo. El gran honor de las mujeres del Antiguo Testamento en general era el de llevar la Simiente prometida. De hecho, el primer nombre de Cristo en las escrituras es "la Simiente de la mujer" (Génesis 3:15). Estas cinco mujeres en particular tuvieron el privilegio especial de estar en la línea de Cristo. Dios aún sigue honrando tanto a las mujeres de hoy en la iglesia. Ese honor obviamente no es llevar más a Cristo; pero ese honor es para llevar la iglesia de Cristo. Dan a luz y crían la semilla del pacto del Salvador. No habría iglesia sin esta regla, por regla general, las madres piadosas que dan a luz estas semillas, las crían y las entrenan. Dios da aún gran honor a las mujeres de la iglesia hoy, como lo hizo a las mujeres de la iglesia de ese entonces al darles el privilegio de llevar la simiente prometida.

Hay algo sorprendente en las cinco mujeres de la genealogía de Cristo. Son candidatas improbables a madres de Cristo. El rey de Reyes vendría de ellas, y sin embargo ninguna de ellas parece digna de tal honor según ningún estándar humano. Aunque eran hijas de Dios eran débiles, pecadoras e insensatas. Está Tamar, una cananea, y la sórdida historia en la que sus hijos gemelos nacieron. Allí está Rahab la ramera. Está Rut la moabita. Esta Betsabé aquella por la que el gran tipo de Cristo cayó en pecado. Y está María, la joven virgen de donde Cristo vino, sin importancia a los ojos de los hombres.

Si a nosotros nos hubiese tocado elegir a las madres de Cristo, hubiésemos elegido mujeres honorables, reinas y princesas, mujeres sin mancha, puras y santas. Pero el camino de Dios es muy distinto al nuestro.

Fueron exactamente las Tamares, las Rut, las Rahabs, las Betsabés y las Marías las que Dios ordenó como madres de Cristo. Nuestro Señor no se avergüenza de su asendencia. El no se avergüenza de las madres de su asendencia. Por lo tanto, El se encargó de que sus nombres fueran registrados en Mateo 1.

Este plan de Dios subraya la verdad de que nada es imposible para Dios. Si la venida de la Simiente de la mujer dependiera de estas mujeres, la Simiente habría perecido, porque era humanamente imposible que la Simiente pudiera venir de ellas.

La venida de Cristo, sin embargo, no dependió de estas mujeres, sino de la promesa de Dios. La Simiente debe venir, porque Dios así lo ordenó. Estas madres de Cristo que eran improbables nos demuestran que, aunque para el hombre la venida de Cristo era imposible, para Dios nada es imposible.

Este plan también subraya la verdad de que nuestra salvación es obra únicamente de la gracia soberana de Dios. Es a través de Cristo que su iglesia es salva. Debido a que solo Dios pudo enviar a Cristo, solo Dios también salva por medio de Cristo. Así como no pudimos contribuir en nada a la venida de Cristo, así tampoco contribuimos en nada a nuestra salvación por medio de Cristo. La genealogía de nuestro Salvador enseña que nuestra salvación es puramente por gracia soberana.

Cada mujer en esta historia, a su manera particular muestra un aspecto de la gracia salvadora. A medida que estudiemos a estas madres, ellas pasan a un segundo plano, viniendo a ser el enfoque El Hijo que ellas dieron a luz. El Señor a quien ellas tuvieron el privilegio de dar a luz.

Cristo recibe toda la gloria *y el honor a medida que vayamos estudiando su nacimiento.*

CAPÍTULO 1

Tamar: Apostasía y Redención

Mateo 1:2-3 y Génesis 38

"Abraham engendró a Isaac; e Isaac engendró a Jacob;

y Jacob engendró a Judá y a sus hermanos;

Y Judá engendró a Fares y Zara de Tamar".

Introducción

La historia de Tamar es uno de esos pasajes de la Palabra de Dios que casi nos avergüenza leer porque trata muy francamente con pecados que consideramos bastante vergonzosos. Sin embargo Jesucristo, cuya historia es esta, no se avergüenza. Aunque Tamar es una improbable madre del Salvador, el Señor se complació venir al mundo a través de ella. Y porque Él no se avergüenza de esta madre, podemos estar seguros de que Él no se avergüenza de nosotros, Sus hermanos. Los personajes de esta historia son Judá; su amigo Hira; sus tres hijos, Er, Onan y Sela; y su nuera Tamar, la improbable madre de Cristo. A través de la historia de Tamar aprendemos cómo Dios cambia los pecados de su pueblo a su propósito soberano de redención y salvación.

TAMAR: APOSTASÍA Y REDENCIÓN

Tamar vivió en un momento en que la iglesia estaba en uno de sus puntos más bajos, representada por la vida de Judá registrada en Génesis 38. En este punto de la historia del Antiguo Testamento, en su vida personal Judá era casi un completo apóstata, habiéndose separado del pueblo y de las promesas de Dios. En la medida en que Judá representaba a la iglesia de su época, su historia, y la de Tamar, proporciona un ejemplo de cómo Dios puede redimir y redime a su pueblo de las profundidades de la depravación espiritual por medios que consideraríamos impensables. Génesis 38 es una crónica de la apostasía personal de Judá. El capítulo comienza con la declaración: "Y aconteció en aquel tiempo, que Judá se apartó de sus hermanos". Esto efectivamente significa que Judá había abandonado a la iglesia visible e instituida. El texto no nos dice simplemente que Judá descendió y que visitó a un varón adulamita, sino que se apartó de sus hermanos. Esta declaración indica que Judá deliberadamente eligió no asociarse mas con su familia creyente. En cambio, salió para vivir solo. El equivalente hoy sería una carta al consistorio en que un miembro escribe: "Por favor, envíe mis documentos de membresía a mi hogar. Ya que no asistire mas a la iglesia". Ese fue Judá: había dejado la iglesia y se había apartado de sus hermanos. Judá no sólo había dejado a sus hermanos para vivir en aislamiento, también se había hecho amigo de un hombre impío y mundano.

Génesis 38 dice que, habiéndose apartado de sus hermanos, visito a cierto varón Adulamita, llamado Hira. Este Hira era cananeo y no era hijo de Dios. Sabemos esto porque un poco más adelante en la historia encontramos que cuando Judá quería hacer el pago a la mujer que el suponía era una ramera envió a Hira a hacer ese pago. Hira estuvo de acuerdo y fue a entregar el pago, confabulándose voluntariamente con la fornicación de Judá. La palabra de Dios hace énfasis en que Hira no era simplemente un conocido de Judá.(Génesis 38: 12, 20). Claramente Judá se había unido a este Hira en una amistad cercana, pero impía.

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

Como si el abandono de la iglesia por parte de Judá por una amistad mundana no fue lo suficiente malo, también encontramos que Judá miró a otras mujeres cananeas en busca de una esposa. No le importaba tener una esposa temerosa de Dios que sirviera a Jehová a su lado. Por el contrario, Judá estaba interesado en tener una esposa cananea que viviera con él en el nuevo estilo de vida que había adoptado, así que tomó por esposa a una mujer cananea, la hija de Súa. Este fue quizás el peor de todos los errores pecaminosos de Judá y que trajo ruina a su familia. La ruina de la vida familiar de Judá es evidente por el hecho que sus tres hijos no eran hijos del pacto, sino hijos de Canaán. No amaron al Señor y no obedecieron sus mandamientos. De hecho los dos hijos mayores, Er y Ónan eran tan desesperadamente malvados que Dios no quiso soportar su presencia en la tierra y los mato. La ruina de la vida de Judá tiene aplicaciones importantes para la iglesia hoy, especialmente para los jóvenes que llegan a la edad de la confesión de fe y el matrimonio.

Primero, Judá progresó en su desobediencia y apostasía personal. Un pecado lo llevó a otro, hasta que Judá quedó en ruina espiritual. Su salida de la iglesia lo llevó a unirse con el impío Hira. Su amistad lo condujo a casarse con una cananea incrédula. Su yugo desigual en el matrimonio dio lugar a hijos impíos. ¡Que todo joven que este siendo tentado a apartarse de sus hermanos y a dejar la iglesia tome muy en serio la advertencia de la vida de Judá!

En segundo lugar, la historia de la vida de Judá enseña una importante verdad sobre el matrimonio. Uno de los peores errores que puede cometer un joven creyente es casarse con un incrédulo. Cuando un creyente se casa, debe casarse en el Señor. Esto significa, con alguien que es uno en la fe una vez entregada a los santos, que está de acuerdo con los artículos de la fe cristiana y que confiesa la verdad que Dios ha revelado en su palabra. El resultado del matrimonio impío de Judá es una clara advertencia, un llamado a los jóvenes a casarse en el Señor.

TAMAR: APOSTASÍA Y REDENCIÓN

De la ruina de la vida de Judá aprendemos la importancia de casarse en el Señor, especialmente en lo que respecta a la crianza de los hijos. Si los cónyuges no son uno en sus creencias acerca de Dios y su palabra, ¿que enseñaran a sus hijos? ¿Quién ganara la batalla de las cosmovisiones? Al parecer, rara vez gana el cónyuge temeroso de Dios.

La necesidad de que marido y mujer sean uno en la fe es crucial en este punto, y el matrimonio de Judá con la hija de Súa nos deja esto muy en claro. Cuando Judá se caso con una mujer cananea impía, sus hijos fueron criados para ser impíos, en lo que también se demostraron de forma perversa y negativa a obedecer la ley de Dios. Aunque, no conocemos el pecado de Er, el primer hijo de Judá, su pecado fue tan grande que Dios le quito la vida. Conocemos el pecado de Ónan, el segundo hijo de Judá, quien se negó a cumplir el deber del matrimonio levita requerido por la ley mosaica en el Antiguo Testamento (Deuteronomio 25:5-10). Esta ley determinaba que si un hombre moría antes de tener hijos, su hermano o algún otro pariente cercano debía casarse con su esposa con el fin de concebir hijos en su nombre.

Esta ley fue crucial para la iglesia del Antiguo Testamento porque hacia énfasis en la necesidad crítica de continuar la línea de la simiente del pacto, la simiente que un día sería el Mesías de la promesa. Al negarse a cumplir la obligación del pacto, Ónan mostró lo que pensaba de este Mesías. Y por el pecado de menospreciar a Cristo, Dios lo mató.

Notablemente y tristemente el pecado de Ónan también perteció a su padre Judá. Después de ver que Er y Ónan habían muerto en sus matrimonios con Tamar, Judá decidió que sería mejor evitar que su tercer hijo, Selá, corriera con la misma suerte. Sin embargo, en vez de decirlo directamente ideó una historia para convencer a Tamar a volver con su padre por un tiempo, hasta que Selá tuviera la suficiente edad para casarse con ella. Pero acorde al texto, claramente Judá no tenía ninguna intención de entregarle Selá a Tamar. El había terminado con esta mujer, y a través de esto demostró que no tenía una absoluta consideración por el Cristo de la promesa. Éste de quién hablamos es Judá.

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

Judá es el hombre de quién vendría el cetro de David. Este es el hombre de quien algún día nacería Cristo. ¿Y dónde estaba él? ¿Viviendo en la esfera del pacto del Antiguo Testamento? ¿Enseñando cuidadosamente a sus hijos acerca de las promesas de este pacto? No, al contrario, Judá estaba en Canaán entre los malvados de Canaán, casándose con una incrédula y sin mostrar ningún respeto por la Simiente de la mujer, por el Cristo que había de venir, Judá era casi un completo apóstata en ese momento. Judá en su apóstasia representó la debilidad espiritual de la iglesia de su época. Eran los hijos literales de Israel y crecerían hasta convertirse en la nación llamada por su nombre. Es evidente que Judá representaba a la iglesia por ser el hijo preeminente de la familia, a pesar de no ser el primogénito. Aunque la profecía de Jacob de que el Mesías vendría del linaje de Judá aún no se había pronunciado (Génesis 49:8-10), la verdad sigue siendo que la Simiente de la mujer brotaría de Judá. Además, la apostasía de la iglesia en esa época es evidente en la historia anterior en la de venta de José como esclavo por parte de sus hermanos (Génesis 37). El pecado de los hijos de Jacob hacia su hermano justo, deja claro que la iglesia estaba en proceso de ser absorbida por la apostasía. Curiosamente, el gran peligro para Israel no fueron los ataques del enemigo que buscaba aniquilarlos. Jacob y su familia no tuvieron que tomar la espada y el escudo para defenderse de la exterminación, al contrario, el peligro era que estaban siendo absorbidos espiritualmente entre los cananeos mundanos.

No pudieron sobrevivir allí, inmersos en la tentación y el pecado de la cultura cananea. En ese momento, Dios mismo, a través de José, estaba preparando un lugar especial en Gosén donde podrían morar solos y seguros espiritualmente. Sin embargo, antes de liberarlos, Dios permitió que la iglesia se hundiera profundamente en la agonía de la ruina espiritual.

TAMAR: APOSTASÍA Y REDENCIÓN

Debemos tomar la advertencia acerca de las tácticas utilizadas por Satanás en los días de Judá, porque esas mismas tácticas están dirigidas a la iglesia hoy. En algunos lugares hoy las tácticas de Satanás incluyen la persecución abierta. Sin embargo, para gran parte de la iglesia actual, ese no es el mayor peligro. Más bien, Satanás intenta sutilmente absorber a la iglesia en el mundo moderno de la misma manera que Judá fue absorbido en la cultura de Canaán. Satanás usa esa táctica en nuestras propias familias y matrimonios. Con ataques astutamente disfrazados, intenta a nuestras familias a abandonar el culto público y el compañerismo de la iglesia por los placeres del mundo. Cuando los creyentes eligen este camino, en sentido figurado "apartarse de sus hermanos" como lo hizo Judá, se exponen a todo tipo de peligros espirituales. El peligro de tentación no es menor al permanecer en una iglesia de nombre, mientras se establecen amistades y uniones con los Hira del mundo. Estas amistades pueden ser con los "amigos" imaginarios de la cultura pop con quienes nos entretenemos todas las semanas en programas de tv y películas. O, más importante aún, estas amistades podrían ser con amigos reales que encontramos en nuestra vida diaria, hombres y mujeres incrédulos del mundo con quienes somos cercanos. El peligro de estas amistades puede ser muy difícil de discernir, porque muchos creyentes pasan cuarenta o cincuenta horas a la semana en lugares de trabajo con incrédulos que a menudo comparten muchos de los mismos intereses profesionales y personales. La línea entre amigo y colega con facilidad se desdibuja en estas situaciones, lo que hace que el llamado a una vida antitética sea una gran lucha para el hijo de Dios. Ante tales tentaciones, debemos recordar en oración a nuestros compañeros de creencia, especialmente a aquellos que enfrentan la dificultad diaria de discernir amistades adecuadas en su vida personal. Y aquellos que se encuentran en esa posición, recuerden reconocer el por qué Dios los ha puesto allí; para que brillen como una luz en el mundo, no para que lleguen a ser parte de él. Tened cuidado de no ser absorbidos por las tentaciones de nuestros días.

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

Si este fuera el final de la historia de Judá, podríamos sentirnos tentados a concluir que no hay esperanza para la iglesia cuando se enfrenta a los placeres del mundo. Sin embargo, a pesar de que la iglesia en la época de Judá estaba en una situación desesperada, incluso sin esperanza, Dios vino en misericordia y libero a esa iglesia de una manera maravillosa y casi increíble. La forma que Dios eligió, está lejos de la que nosotros habríamos elegido. No habríamos sugerido que Dios liberara a su pueblo a través de la conversión de un cananeo, y ciertamente no a través de su plan incestuoso para continuar con la línea del pacto. No habríamos elegido ese camino para que la iglesia de Dios fuera salva; pero esa es exactamente la manera que Dios eligió para salvar a su iglesia; usó incluso los medios del pecado. Dios salvó a su iglesia al convertir a Tamar. Ese fue el primer paso hacia a la salvación. Tamar, que entró en la historia de Judá como una incrédula ajena al pacto, se convirtió y llegó a ser el miembro más fuerte de ese pacto. Aunque no leemos sobre su conversión real ni sobre el momento en que creyó por primera vez, podemos estar seguros de que Tamar era creyente. El mismo Judá dio testimonio de este hecho cuando dijo acerca de Tamar: "*Ella ha sido más justa que yo; por cuanto no la he dado a Sela mi hijo*" (Génesis 38:26). Ésa es una declaración contundente, una declaración inspirada. De hecho, tan fuerte, que esto implica que Tamar era alguien cuyos pecados fueron perdonados al lavarse en la sangre del cordero. Pero también significa esto: que la meta de su corazón era vivir según los preceptos de Dios. Ella era más justa que Judá porque, aunque él no obedecía la ley de Dios ni se preocupaba por la simiente del pacto, ella procuró obedecer continuando con el linaje que produciría al Mesías.

Por los nombres que Tamar dio a sus hijos gemelos también demuestra la preocupación de Tamar por el linaje de Cristo. A uno de ellos lo nombró Fares y al otro Zara. Y aunque Tamar hizo las cosas al revés cuando nombró a sus dos hijos, los nombres que eligió indican que ella estaba pensando en un sentido de pacto en la línea del Mesías prometido.

TAMAR: APOSTASIA Y REDENCIÓN

El nombre que Tamar escogió para su hijo primogénito fue Zara, que significa "el que surge" o "el que se alza"; se esperaba que este hijo diera origen a la línea de generaciones escogida. Debido a que el brazo de Zara salió primero durante el trabajo de parto y que una partera lo marcara con un cordón amarrado al rededor de su muñeca, se le consideró el hijo primogénito. Sin embargo, en realidad fue Fares quien surgió primero y al que se le dio el nombre que significa "una violación" para describir su usurpación del orden de nacimiento. La clave aquí es notar cómo Tamar se preocupaba por conocer la identidad de su hijo primogénito para que se le pudieran dar las promesas de la primogenitura y para que él pudiera ser el que "asciende". Y aunque en el plan soberano de Dios el Cristo vendría de Fares, no de Zara, los nombres que usó Tamar muestran que ella estaba preocupada por la identidad de su hijo primogénito porque ella creía que sería el hijo de la promesa. En todo lo que ella hacía, buscaba la semilla del pacto. Tamar no hizo eso de forma correcta, y las Escrituras no toleran su desobediencia; pero incluso en su desobediencia demostró que su motivo era un interés en la línea del pacto de la cual debía surgir el Cristo prometido. El pecado de Tamar mediante el cual Dios obró la salvación fue también el medio por el cual El restauró a la iglesia de la época.

Al exponer el pecado de Judá y Tamar, Dios trajo salvación a su pueblo, restaurando a Judá y convirtiendo su corazón. Judá había estado conduciéndose por espantosos pecados. Pero Dios lo confrontó a través de Tamar, de modo que se arrepintió y deseó vivir de nuevo en los caminos de la justicia. Este arrepentimiento y restauración se evidencia en la respuesta de Judá al quedar expuesto en su pecado incestuoso con Tamar.

Cuando Judá se percató que Tamar era la única que había estado interesada en el linaje de Cristo y había sido más justa que él, se arrepintió y no volvió a conocerla más (Génesis 38:26). Dios restauró a su hijo Judá y lo alejó del pecado sexual y la vida apóstata que habían caracterizado su vida.

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

Ahora Judá buscó de nuevo los caminos de la justicia. Este cambio de opinión es sorprendentemente obvia más adelante en la historia, cuando Judá voluntariamente prometió su vida por la de Benjamín en Egipto, sin saber que el hombre con quien hablaba era José, el mismo hermano que había vendido como esclavo (Génesis 44:18–34). Ahora preocupado por la vida de su anciano padre y hermano menor en lugar de los placeres de los cananeos en su vida, Judá demostró la obra de la gracia en su corazón.

La maravillosa lección espiritual que nos enseña el Espíritu Santo según la historia de Tamar y Judá es que Dios realiza su obra de salvación a pesar de, incluso a veces a través de todos los pecados y la maldad de su pueblo. En el plan perfecto de Dios, Cristo vendría de Judá, aunque no vendría a través de los hijos que Judá reconoció como suyos. En cambio Cristo vendría de Judá por medio de Fares hijo de Tamar, el hijo del cual no tenían la intención. Aunque Judá no había estado interesado en la Simiente del pacto de la mujer, Dios soberanamente preservó la línea de Cristo a través de Tamar y sus pecados. Y Él hace lo mismo para nosotros hoy. A pesar de nuestras debilidades y deficiencias, y a pesar de nuestros pecados diarios y desviarnos de la justicia, ¡Dios salva, soberana, misericordiosa e inesperadamente!.

También aprendemos de esta historia que no importa cuán grande es nuestro pecado, nunca es demasiado para que Cristo lo supere. Incluso el pecados que nos da vergüenza admitir ante los demás, Cristo no se avergüenza de perdonar. Considere si Judá y Tamar hubieran sido antepasados, en nuestro árbol genealógico. ¿Los reconoceríamos? ¿Sería ésta la historia que le contaríamos a nuestros compañeros cuando vienen y preguntan sobre nuestra familia? Podríamos sentirnos avergonzados de admitir que nuestra historia proviene de la sórdida historia de Judá y Tamar, pero Cristo no. En su naturaleza divina, Cristo se encargó de que su genealogía humana quedara registrada en la Palabra eterna de Dios, para que todas las personas a lo largo de la historia supieran que sus antepasados fueron Judá y Tamar. No se avergonzaba de ser llamado hijo de Tamar y de Judá. Y es más, Él no se avergüenza de llamarnos sus hermanos,

TAMAR: APOSTASÍA Y REDENCIÓN

aunque sabemos nosotros mismos que somos los primeros de los pecadores (I Timoteo 1: 15). Nosotros necesitamos saber que Cristo no se avergüenza de nosotros, que no está en el cielo tratando de distanciarse de nosotros. En cambio, Él está en el cielo ante el trono de Dios diciendo: ellos son míos, y no perderé a ninguno de ellos, porque derramé mi sangre por cada uno de ellos. Por eso Cristo vino a la tierra en forma humilde de un hombre, para salvarnos y redimirnos de nuestros pecados.

Y en su compasión no se avergüenza de llámarnos sus hermanos.

La compasión de Cristo es también que Él conoce y entiende las debilidades y enfermedades de sus hermanos. Nacido de una mujer pecadora en este mundo maldito por el pecado, Él sabía lo que era tener debilidad y dolencia. Incluso sabía lo que es ser tentado. Conocía el atractivo de Satanás, que vino con astucia para intentar tragarlo antes de que llegara la cruz (Mateo 4:1–11). Él fue tentado de la misma manera que tú y yo somos tentados, con la única excepción de que durante toda la tentación Él nunca pecó. Él es capaz de darnos gracia para ayudarnos en nuestro tiempo de necesidad (Hebreos 4:14-16). De Judá y Tamar vino Cristo, El que alguna vez sería El Mediador compasivo y Sumo Sacerdote. Y sabiendo que Él cuida de nosotros en nuestras tentaciones, nos dará la gracia que necesitamos para vencer, nuestra respuesta es postrarnos en acción de gracias ante esta Semilla de una madre improbable.

CAPÍTULO 2

Rahab: Consagración para El Señor

**Mateo 1:5 y Josué 2, 6:17-18
"Salmón engendró de Rahab a Booz".**

Introducción

El tema iniciado con Tamar y que cada una de las madres de Cristo resalta una faceta diferente de la salvación sólo por gracia: continúa en la vida de Rahab, otra de los improbables madres de Cristo. Si bien la historia de Tamar ilustró cómo Dios preserva a su iglesia a pesar de su pecado, la historia de Rahab ilustra que la salvación es un regalo inmerecido de Dios (gracia). La historia de Rahab deja claro que todos los que son salvos, aunque merecen ser destruidos en su pecado, son en cambio los destinatarios de la soberana misericordia de Dios. La historia de Rahab, por lo tanto, es la historia de la salvación: ella era digna de destrucción, pero fue salvada con gracia maravillosamente de su pecado, e incluso elevada a la honra por la obra misericordiosa de Dios.

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

Rahab vivía en la ciudad de Jericó, una poderosa y prominente ciudad en la tierra de Canaán en la época de la conquista de Israel. Jericó era una ciudad muy fuerte rodeada de murallas tan grandes que casas se hubieran podido construir sobre ellas, como también era el lugar de vivienda de Rahab. Y Jericó se llenó de malvados y gente impía. A pesar de ser una ciudad impía en medio de Canaán, Jericó había escuchado el Evangelio muchos años antes de la llegada de los israelitas. El pueblo de Jericó sabía acerca de Jehová. Habían oído hablar de sus obras, sus caminos y su pueblo. Cuando Israel llegó a las puertas de Jericó, Jericó tembló, porque ella conocía al Dios que los había guiado allí.

El conocimiento del Evangelio no había llegado a Jericó de forma normal o por los medios que esperaríamos nosotros leer que Dios envió a un profeta a Jericó para proclamar el mensaje de salvación de Jehová por toda la ciudad. Mejor dicho, el Evangelio había llegado a Jericó en alas de rumores y en los informes de los viajeros que siguieron el progreso de Israel desde la tierra de Egipto por el desierto del Sinaí.

El evangelio vino de viajeros que conocían el paso de Israel a través del Mar Rojo y de aquellos que habían sido testigos de sus victorias sobre los reyes Sehón y Og en las afueras de Canaán. De boca en boca estos informes llegaron a Jericó, de modo que cuando los espías se infiltraron en la ciudad, Rahab ya sabía acerca de Israel y del Dios de Israel. No fue sólo Rahab quien sabía acerca de los espías; el Evangelio que había llegado a Jericó se había extendido por toda la ciudad. La misma Rahab dijo a los espías: *Sé que Jehová os ha dado esta tierra; porque el temor de vosotros ha caído sobre nosotros, y todos los moradores del país ya han desmayado por causa de vosotros. Porque hemos oído que Jehová hizo secar las aguas del Mar Rojo delante de vosotros cuando salisteis de Egipto, y lo que habéis hecho a los dos reyes de los amorreos que estaban al otro lado del Jordán, a Sehón y a Og, a los cuales habéis destruido. Oyendo esto, ha desmayado nuestro corazón; ni ha quedado más aliento en hombre alguno por causa de vosotros, porque Jehová vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra. (Josué 2:9-11).*

RAHAB: CONSAGRACIÓN PARA EL SEÑOR

Todos en Canaán sabían acerca de Israel y su Dios. Además, este no era un conocimiento reciente entre los habitantes de Jericó; ellos deben haber sabido sobre Jehová durante mucho tiempo. Israel había cruzado el Mar Rojo más de cuarenta años antes, y recientemente habían destruido a Sehón y Og. Durante décadas, los habitantes de Jericó habían escuchado acerca de la nación que había dejado en ruinas al poderoso Egipto y que habían cruzado el Mar Rojo por tierra firme y habían destruido todo enemigo delante de ellos. Crecieron siguiendo el progreso de Israel y escuchando acerca de Jehová, el Dios de Israel, que los dirigió en victoria a través del desierto. Todos en la tierra de Canaán sabían de ellos.

El conocimiento de Jehová y su pueblo aterrizó a Jericó. Esto les aterrizó, porque el Evangelio que llegó a Jericó no era mensaje para salvación. No fue un evangelio de paz y seguridad bajo el gobierno de Jehová. Más bien, el evangelio que vino para Jericó fue uno para juicio. En cada informe, Jericó escuchó esto: “Yo soy Jehová, y vengo por vosotros. El YO SOY esta viniendo a desarraigarnos y a hacer un hogar para “mi pueblo”. La llegada de los espías confirmó que el destino de Israel era Jericó, y que el Dios Santo de Israel vendría a por ellos.

Esta es la misma palabra del evangelio que los incrédulos todavía escuchan hoy. Cada vez que un terremoto sacude la tierra; cada vez que un volcán entra en erupción; cada vez que ocurre un deslizamiento de tierra o un tifón provoca pérdida masiva de vidas, los malvados escuchan la misma palabra del evangelio llevado por los vientos de los rumores en los titulares de noticias: “Estoy Yendo por ti. Sólo hay destrucción para ti, y ¿lo que ves en la destrucción actual es sólo una pequeña muestra de la destrucción con que os infligiré”. Este mensaje siempre pertenece al Evangelio. El Señor dice en Isaías que el Evangelio no es sólo que Sión será redimida, sino que en Sión serán redimidos mediante juicio (Isaías 1:27–28, 4:3–4). A través del juicio y la destrucción de los injustos tanto dentro como fuera: la iglesia es salva. En el Catecismo de Heidelberg en el Domingo 31, también enseña que esta palabra de destrucción que pertenece al mensaje completo del Evangelio.

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

En respuesta a la pregunta: “¿Cómo es el reino de los cielos? ¿Cerrado por la predicación del Santo Evangelio?” el Catecismo responde: “Cuando sea declarado y testificado a todos los incrédulos, y los que no se arrepientieron sinceramente, quedaran expuestos a la ira de Dios y a la condenación eterna, siempre y cuando sean inconversos: según el testimonio del Evangelio, Dios los juzgará, tanto en esta vida como en la venidera”. Los habitantes de Jericó oyeron este mensaje y supieron que se interpusieron en el camino del pueblo de Dios. Ellos sabían que eran los enemigos de esa posesión preciosa y elegida, y por lo tanto escucharon claramente este mensaje: “Yo estoy detrás de ti para destruirte.”

Mediante su destrucción, Jericó sería consagrada a Dios. Leemos en Josué 6:17: “Y será la ciudad anatema a Jehová”. La yuxtaposición de estas dos ideas es inusual. Rara vez pondríamos “maldito” y “al Señor” juntos en la misma frase. Podríamos decir “maldito desde el Señor”, pero no “maldito ante el Señor”. El espíritu santo usa la palabra “a” aquí para indicar que Jericó pertenecía a Dios. Si bien es cierto que pertenecían a Dios en la sensación general de que fueron su creación (Salmo 24:1-2), hay más implicación en el texto. Jericó pertenecía al Señor de manera especial. Iban a ser del Señor en su forma de ser para ser devotos y santificados para Él. Jericó iba a ser recogido y entregado al Señor como su propia posesión consagrada. Pensar en Jericó como posesión del Señor es una manera extraña de pensar en Jericó. ¿Cómo podría ser devota la malvada Jericó? ¿O consagrados y santificados al Señor? Esto no es la manera en que pensamos acerca de un pueblo destinado a sufrir el fuego y juicio de Dios, porque normalmente asociamos las ideas de consagración, santificación y devoción con los elegidos de Dios. Sin embargo, el texto dice claramente acerca de Jericó que eran anatemas al Señor.

La clave para entender esta redacción inusual es ver que Jericó no fue santificado para el Señor como su amado pueblo,

RAHAB: CONSAGRACIÓN PARA EL SEÑOR

pero Jericó fue santificada y dedicada al Señor en el camino de su completa destrucción. Recuerde, todo pertenece y está dedicado a Dios.

Todo sirve a su propósito y a la gloria de su nombre, y por eso todo está consagrado a Dios. Pero hay dos maneras de consagrarse a Dios. Un camino es ser consagrado al ser reunidos con Él como su pueblo: es decir, los elegidos, la otra manera es consagrarse a Él en el modo de total y completa destrucción: esos son los reprobados. Y esta última forma de consagración fue Jericó. Jericó serviría al Señor, no en sumisión voluntaria, sino por medio de su destrucción.

Josué 6 describe el alcance de la maldición que cayó sobre Jericó y la destrucción que vendría sobre ellos. Había que matar a todos los seres vivos: hombres, mujeres y niños. Todos los animales tuvieron que ser sacrificados. No podía quedar nada vivo, porque Jericó tenía que ser dedicada al Señor a través de la destrucción. Incluso las cosas inanimadas se le permitió ser rescatado de Jericó: el oro y la plata y los vasos preciosos debían ser dedicados al tabernáculo y utilizado en su servicio.

Todo Jericó tenía que ser dedicado a el Señor, ya sea por destrucción o por servicio en la adoración de Jehová. De esta manera, la destrucción que cayó sobre Jericó es una imagen del infierno. Cada persona condenada al infierno es literalmente maldita para el Señor. Están consagrados a Él, no para el camino de salvación, sino para el camino de ser destruidos por Él eternamente.

Como los demás habitantes de Jericó, Rahab merecía esta sentencia. Ella merecía ser cortada por las espadas de Israel y abrir sus ojos en el abismo del infierno por la eternidad. Rahab merecía eso porque era miembro de los idólatras, y la raza impía de Canaán que habitaba en Jericó, raza que Dios había decidido destruir de la faz de la tierra para siempre por su pecado. Rahab también merecía ser destruida por Dios porque de su desobediencia personal, Rahab era una ramera. Ella no vivió en Jericó como alguien que protestó contra los males de esa ciudad, o como una voz solitaria clamando que la ciudad debería arrepentirse y caminar en el camino del Señor.

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

Rahab vivió como una ramera en aquella ciudad y como tal ella contribuyó de manera única a la maldad lasciva de esa ciudad. El punto de vista de las Escrituras en Proverbios 7 es que el camino que llevaba hasta la puerta de Rahab había un camino que conducía a la destrucción, un camino que llevó al infierno. Rahab voluntariamente había hecho de su puerta un portal al infierno a través del cual los hombres de Jericó habían sido llevados a la rápida destrucción. Por este pecado, Rahab merecía la destrucción total de parte de la mano de Jehová.

Rahab no está sola en lo que merecía. De hecho, ella mantenía compañía con toda persona que caminaba en la tierra excepto con Cristo. Leemos una y otra vez en las Escrituras: “No hay quien haga lo bueno, no hay ni aun uno” (Salmo 53:3). De esto sabemos que también nosotros merecemos ser consagrados al Señor para destrucción. No importa qué familia o qué origen étnico o de qué iglesia venimos, todos merecemos ser malditos por el Señor simplemente por lo que somos. Cada uno de nosotros nace con una naturaleza pecaminosamente depravada, totalmente incapaz de hacer algún bien. Cada uno de nosotros nace culpable en Adán, quien representó a toda la humanidad cuando voluntariamente decidió rebelarse contra el mandato directo de Dios en el Edén. Debido a esto el pecado original y caída de toda perfección, no podemos hacer nada que agrade a Dios por nosotros mismos. Lo único que podemos hacer por naturaleza es caminar en pecado y rebelarnos contra Él.

Simplemente por quienes somos como humanos, merecemos ser malditos ante el Señor. Al igual que Rahab, nosotros también merecemos ser destruidos porque nuestros propios pecados personales nos condenan ante la ley de Dios. Todos conocemos la naturaleza de los pecados de Rahab; La Escritura los relata para nosotros en términos sencillos. Pero si consideramos verdadera y honestamente nuestros propios pensamientos y acciones diarias, sabemos que somos igual de culpables como Rahab.

Por la gracia de Dios, no podemos caminar en la clase de pecado público que cometió Rahab, pero aun así caemos en ese pecado y muchos otros simplemente por los pensamientos corruptos que pasan por nuestra mente día a día.

RAHAB: CONSAGRACIÓN PARA EL SEÑOR

Cristo mismo hizo este plan cuando abordo los pecados del corazón en Mateo 5. Como El dijo: “Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio; pero yo os digo: que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio con ella en su corazón” (Mateo 5:27–28). Quizás podamos reclamar santidad ante los ojos de los hombres, pero ante Dios nuestros corazones están negros por la corrupción.

A pesar de la maldición que recibió Rahab por sus pecados, Dios gentilmente la libró de la destrucción que ella plenamente merecía, y en cambio le dio una herencia en gloria y un nombre entre su pueblo escogido de Israel. ¿Cómo podría ser esto? ¿Por qué Dios la perdonaría a ella, precisamente a ella? la respuesta sencilla es que Rahab no sólo escuchó el Evangelio que llegó a todos en Jericó, el Evangelio de destrucción; pero ella también escuchó un lado del Evangelio que los demás habitantes de Jericó no oyeron. Rahab escuchó este lado del evangelio: “Sión será redimida. Y Rahab, esa redención es para ti y para tu familia”. ¿Cuándo escuchó este evangelio? Se desprende del texto en Josué 2, cuando los espías llegaron a su puerta, Rahab todavía era incrédula y aún no se había convertido. Esto es evidente por el hecho de que cuando Rahab habló con los dos espías sobre el miedo que había caído sobre toda la tierra, se incluyó a ella misma con los que temían. Ella dijo: “Tu terror ha caído sobre nosotros” y “desmayó nuestro corazón” (Josué 2:9,11).

También era evidente que Rahab era incrédula cuando llegaron los espías a su puerta porque cuando los soldados de Jericó se alejaron de la casa de Rahab ya que no pudieron encontrar a los espías, allí no hubo sospechas sobre Rahab. No hubo ninguna pregunta por parte de los soldados sobre si Rahab estaba mintiendo; asumieron que ella odiaba a Jehová igual que ellos, y que ella tenía tanto miedo de Él como todos ellos. Aparentemente ni siquiera hubo un destello de duda en sus mentes que Rahab estaba diciéndoles la verdad cuando dijo: “Esos hombres salieron y no sé a dónde han ido”. Antes de que los espías llegaran a su puerta, Rahab era una incrédula.

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

Después de la llegada de los espías, algo cambió en Rahab. Ella hace la hermosa confesión al final de Josué 2:11:

“Porque Jehová vuestro Dios, es Dios arriba en los cielos, y abajo en la tierra”. Este cambio se produjo porque ella había oído algo que no había oído antes. Ella oyó esto: “El Señor viene por ti, Rahab, pero no para destruirte. El Señor viene a redimirnos”. Rahab escuchó ese mensaje del evangelio, porque los espías que llegaban a su puerta no estaban allí simplemente para explorar la tierra, sino para predicar el Evangelio a ella. En Josué 6:17, a los espías no se les llama espías, sino mensajeros. Esa es la misma palabra usada en Santiago 2:25, donde leemos que Rahab recibió a los mensajeros en paz. Esa palabra “mensajeros” es una palabra usada en las Escrituras para referirse al oficio de profeta y predicador. Eso es lo que los espías eran, ellos eran predicadores. No estaban simplemente espiando la tierra, pero vinieron con el mensaje de salvación de Jehová a Rahab y su familia.

Esto responde a lo que de otro modo sería una pregunta desconcertante: ¿Por qué fueron los espías a la casa de Rahab, una ramera? ¿Qué negocios tenían allí? Distintas explicaciones han sido propuestas. Por ejemplo, algunos afirman que los espías eligieron la casa de una ramera para esconderse porque asumieron que ella sería más discreta que la gente de las posadas públicas en Jericó. Asumieron que si alguien venía preguntando por ellos, la mujer sabría ser discreta acerca de quienes habían estado en su casa y así ellos preservarían su cobertura. La palabra de Dios indica que la única razón por la que vinieron a casa de Rahab fue porque eran mensajeros. Ellos vinieron a su casa como predicadores. Dios de alguna manera indicó a los espías que debían presentarse en casa de Rahab para dar testimonio del Evangelio de salvación en Jehová. Por lo tanto no vinieron a casa de Rahab solamente para esconderse; llegaron a casa de Rahab para predicar. Rahab escuchó el Evangelio, y Rahab creyó que la salvación era para ella.

RAHAB: CONSAGRACIÓN PARA EL SEÑOR

El resultado de que Rahab escuchara el evangelio fue que encontró liberación de su pecado, salvación plena y gratuita, ella ahora sabía que la salvación era para ella y su familia. La obra de Rahab para ocultar a los espías y obtener de ellos una promesa que mostrarían por su amabilidad no era simplemente una astucia, un trato de negocios, o un simple cálculo terrenal de que si ella era amable con ellos, ellos a cambio le salvarían la vida. No, las acciones de Rahab fueron realizadas en la confianza de que la salvación era para ella y para su familia. Estaba segura de que iban a ser salvados de la inminente destrucción de Jericó, y ella se dio cuenta que la destrucción era merecida. ¿Por qué? Porque había oído el Evangelio de la salvación de Jehová. En respuesta agradecida, Rahab estaba mostrando amor para Jehová al proteger a los espías.

Estos espías fueron hombres no comunes y corrientes: eran israelitas. Y no sólo eso, fueron escogidos personalmente por Josué, el líder de los israelitas para entrar en la tierra (Josué 2:1). Como tal, estos espías fueron representantes de Jehová Dios. Rahab enfatizó comprensión de ese hecho en Josué 2:11, cuando ella declaró, *“Porque Jehová vuestro Dios, es Dios arriba en los cielos, y abajo en la tierra”*. Porque los espías eran representantes de Jehová, ella al negarse a entregarlos a los soldados, Rahab estaba manifestando su amor a Jehová.

Si los pasajes de Josué fueran todo lo que sabíamos de Rahab, alguien podría preguntar cómo podemos estar seguros de que Rahab actuó por amor a Dios. Esa es una buena pregunta. Como podemos saber con certeza que cuando Rahab salvó a los espías, ella no estaba ¿simplemente actuando para su autoconservación? Cómo lo sabemos ella realmente amaba a Jehová y realmente escondió a los espías porque ¿nada más?

Además de sus propias palabras en nuestro texto, también encontramos la evidencia en dos pasajes del Nuevo Testamento donde Rahab es presentada para nosotros como una de los pilares de la fe. Rahab figura en Hebreos 11, el capítulo sobre los héroes de la fe, y en Santiago 2, el capítulo que describe lo que es una fe viva, en ambos de capítulos leemos que Rahab hizo estas cosas por fe.

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

Además, Santiago señala que su fe no era simplemente un espectáculo externo, pero una fe que estaba viva. Rahab demostró su fe por sus obras porque fue por la fe que escondió a los espías y los envió por otro camino. Rahab creía en Dios. Ella lo amaba y haría a sus siervos la bondad de proteger sus vidas. Sin embargo, tal vez una pregunta aún más apremiante es cómo era posible que Rahab, una cananea pagana, fuera salva. ¿Cómo? ¿cómo Rahab, una prostituta inmunda y malvada de la ciudad de Jericó, tuviera la posibilidad de encontrar salvación? ¿Cómo es posible que ella no estuviera destruida? Sólo hay una respuesta posible a esta pregunta, y es así. Cuando Dios vino a destruir a Jericó y desenvainó su espada de justicia y entró en la casa de Rahab. Pero cuando abrió la puerta para aplicar su divina justicia, no encontró a Rahab en su casa; encontró al Señor Jesús, Cristo en cambio, parado en lugar de ella. Como el resto de Jericó, la casa de Rahab fue maldita ante el Señor, pero no porque Rahab y su casa fueron personalmente maldecidas ante Él. En cambio, Dios cayó sobre el Señor Jesucristo en lugar de caer en Rahab y su familia, y Cristo maldito para sí mismo. Colgó al Señor Jesús, Cristo en la cruz, derramó sobre Él la maldición que era justa para Rahab. Cuando llegó el momento de destruir Jericó, el Señor estuvo en lugar de Rahab para ser maldecido y destruido para salvación de ella. La maldición de Dios contra los pecados de Rahab y su familia, en su totalidad, se agotó mientras lo derramaba sobre el Señor Jesús, "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (2 de Corintios 5:21).

Sin embargo, sería un error dar a entender que Dios estaba sorprendido al encontrar a Jesús parado allí en la casa de Rahab. No sorprendería a Dios que Cristo fuera a tomar el lugar de Rahab en la destrucción de Jericó. ¿Cómo podría? Para Rahab la salvación fue por el propio diseño de Dios. Aquí volvemos a mirar hacia el consejo eterno de Dios y ver retrospectivamente la elección de Rahab en el decreto de elección, y no solo eligiéndola de alguna manera general o abstracta, pero eligiéndola

RAHAB: CONSAGRACIÓN PARA EL SEÑOR

para dar a su propio Hijo Jesucristo, para que Cristo estuviera en su lugar y ser destruido en lugar de ella. Este es el mensaje del evangelio que vemos en Rahab. Como ella, todo creyente merece ser destruido en su pecado. Y como Jericó, merecen ser maldecidos por Dios para destrucción. Pero al igual que Rahab, todo creyente puede saber también que en Dios encontrará al Señor Jesucristo de pie en su lugar cuando Él venga con su espada desenvainada. Y porque gracias a Cristo, el creyente ya no puede ser entregado a Dios para la maldición y para la destrucción.

Esa maldición fue llevada por Cristo, para que el creyente sólo pueda consagrarse a Dios a través de la bendición que obtuvo Cristo en la cruz. Si este fuera el final de la historia de Rahab, estaríamos satisfechos. ¿Qué más podría pedir? a ella le dieron el Evangelio. Ella fue salva de la destrucción. Ella fue adoptada en el familia de Dios en Israel. Pero en la asombrosa gracia de Dios, hubo más. Además de salvarla de la destrucción, Rahab fue coronada con honor. Con el tiempo (no sabemos cuánto tiempo) ella se casó con un hombre llamado Salmón. Y con el tiempo dio a luz a un hijo al que llamó Booz. En unas pocas generaciones, David vendría de esta línea, y con el tiempo, vendría Cristo. Rahab era coronada con el honor de ser nombrada en esta línea como una de las madres de Cristo. Una historia improbable, ¿no es así? el mismo Cristo que un día ocuparía su lugar en la cruz descendía de Rahab, la ramera. Pero ahora la vemos no como una ramera, sino como una héroe de la fe, redimida por Dios y consagrada para Él, coronada con honor.

CAPÍTULO 3

Rut: Salvación por gracia

Mateo 1:5-6, & Rut 4

Booz engendró de Rut a Obed, y Obed a Isaí.

Isaí engendró al rey David, y el rey David

Introducción

Dirigimos nuestra atención en este capítulo a Rut, la tercera madre de Cristo enumerada en la genealogía registrada por Mateo. Rut vivió durante el gobierno de los jueces, una época en la historia de Israel cuando el pueblo de Dios se estaba extraviando. Durante este período en la historia de Israel no hubo rey. El libro de los Jueces en general muestra que el pueblo de Dios necesitaba un gobernante que los dirigiera para hacer cumplir las leyes de Dios. El libro de Rut se centra en una familia en particular durante ese tiempo, la familia de Elimelec y Noemí. A través de esta familia vemos la obra de Dios para traer el linaje real de Cristo a Israel de la forma más inesperada. Así fue el misericordioso injerto de Rut, una moabita, en la línea del pacto para convertirse en la bisabuela del Rey David.

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

Hay más aquí que una simple historia sobre el linaje inesperado de Cristo. A través de Rut aprendemos sobre la salvación por la gracia, tanto la de ella como la nuestra. Esa gracia se revela en el Salvador, quien tomó a Rut para sí mismo, que la hizo suya y le dio todas las bendiciones que ella necesitaba. Como tal, esta madre de Cristo es un tipo de nuestra propia salvación por el Hijo que ella llevaría en sus generaciones.

El libro de Rut comienza con una triste descripción de la incredulidad por parte de una familia en Israel. Aunque triste, esto es donde debe comenzar la historia de la redención: con el pecado y miseria del pueblo de Dios.

Elimelec y Noemí y sus dos hijos, Mahlón y Quelión, vivieron durante la última parte de la historia de los jueces, cuando hubo una gran hambruna en la tierra de Canaán. Para escapar de esta hambruna, Elimelec y Noemí trasladaron a su familia a la tierra de Moab, donde podían encontrar alimentos suficientes para sus necesidades.

La jugada de Elimelec y Noemí no fue un intento inocente para encontrar comida, sino un acto de incredulidad. Al salir de Israel, fueron intentando escapar de la mano castigadora de Dios. La hambruna que fue enviada a la tierra de Canaán fue el castigo de Dios sobre su pueblo por sus pecados. Ese castigo fue destinado a obrar para el arrepentimiento en sus corazones, y así restaurarlos para a la obediencia. Tal fue el modelo de los tratos de Dios con Israel durante la época de los jueces. La gente caería en pecado; Dios enviaría dolor y castigo; la gente procedería al arrepentimiento; y Dios los libraría. En el idioma inglés los estudiantes del catecismo aprenden este patrón como las cuatro S's: pecado (sin), sufrimiento (suffering), tristeza (sorrow), salvación (salvation).

Durante los días de Elimelec y Noemí, el castigo de Dios tomó la forma de una sequía. Sin embargo, en lugar de someterse a la mano de Dios y arrepentirse de sus pecados, Elimelec y Noemí intentaron escapar del juicio de Dios partiendo hacia la tierra de Moab. Dios en su justicia los siguió a Moab. Aunque Elimelec y Noemí pensaron que Canaán era una tierra de miseria y muerte, en cambio encontraron que la tierra de la muerte verdaderamente era Moab.

RUT: SALVACIÓN POR GRACIA

El Señor primero tomo la vida de Elimelec, y después la vida de Mahlón y Quilión. Noemí quedó sola en tierra extraña, sin nadie más que ella y dos nueras moabitas para compartir su dolor. Noemí estaba amargada. En su duelo y amargura, intentó alejar a sus dos nueras. Y Noemí dijo a sus dos nueras: Andad, volveos cada una a la casa de su madre; Jehová haga con vosotras misericordia, como la habéis hecho con los muertos y conmigo. (Rut 1:8). En respuesta, una nuera, Orfa, la abandonó; pero Rut se aferró a ella, y con sus conocidas palabras de fe le dijo a Noemí que “tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios” (Rut 1:16). A pesar de esta fiel confesión de Rut, Noemí permaneció en medio de la amargura. Cuando ella regresó a Israel, les dijo a quienes la encontraron: “No me llaméis Noemí”. que significa “deleite”, sino “Llamadme Mara”, porque ese nombre significa “amargura”. La mano de Dios era pesada sobre Noemí, reprendiéndola por la incredulidad que mostró yendo a la tierra de Moab, donde no encontró más que muerte.

Pero en Israel hubo un redentor. En Israel ese redentor fue encontrado en la persona de Booz. El segundo capítulo de Rut. presenta a Booz como pariente de Noemí. Si bien no es un pariente muy cercano (al menos no el más cercano), Booz aparentemente era relacionado con Elimelec. Además de ser un pariente, Booz era un hombre piadoso. Incluso el saludo a sus trabajadores reflejaba su amor para con el Señor. Booz saludó a los segadores sus trabajadores: “Jehová sea con vosotros”, a lo que ellos le respondían: “Jehová te bendiga”.

La santidad de Booz se revela especialmente en su amor por la ley de Dios. Al parecer, Booz era un hombre rico que poseía muchos campos. Con esta propiedad tuvo cuidado de cumplir que las leyes de espiga que el Señor había dado a Israel a través de Moisés (Levítico 19:9–10 Deuteronomio 24:19–22). A través de esta acción, Booz reveló su sincera preocupación por los pobres en la tierra, y por sus parientes que no tenían suficiente para comer día a día. Otra evidencia de la santidad de Booz es su bondad hacia una extraña, Ruth, que no tenía ningún derecho natural a su amabilidad.

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

Un día, al ver Booz a Rut en su campo, él notó que ella parecía diferente al resto de sus trabajadores. Sabiendo que como ella no era israelita, le preguntó a su supervisor: "¿Quién es ella?". Cuando el segador explicó quién era Rut y que ella había solicitado espigar en aquel campo, Booz inmediatamente le mostró bondad, a pesar de que Rut era moabita. Él fue a ella e insistió en que se quedara en sus campos. Él le dio la bienvenida la invitó a tomar comidas con sus trabajadores y le ofrecía comida para el día. Así segura y fortalecida, Rut estaba lista para volver a recoger para esa tarde y después. En esta bondad hacia un extraño en Israel, Booz se reveló como un hombre piadoso. Sin embargo, debemos entender que Booz representó más que a un simple hombre bondadoso y piadoso en el libro de Rut, Booz también tuvo un oficio: el oficio de redentor. Además de redentor el realmente fue un salvador. El Señor dio a Noemí y a Rut un salvador en la tierra de Israel. La muerte era todo lo que podían esperar en la tierra de Moab, y en realidad, era todo lo que podían haber esperado regresando también a la tierra de Canaán. Ambos maridos se habían muerto, no había nadie que las mantuviera. Sólo podían esperar recibir las consecuencias de la incredulidad de Noemí por el resto de sus vidas. Pero Dios proveyó para ellas un redentor, un hombre dispuesto y capaz de salvarlas. Booz lo haría salvándolas en el camino de redimirlas para sí mismo.

El capítulo 4 de Rut proporciona un registro de la transacción por el cual Booz redimió a Rut para ser su esposa, y por el cual él se hizo cargo del cuidado de Noemí. Había dos particulares leyes en el Israel del Antiguo Testamento que gobernaban al redentor y el trabajo que el haría. La primera de esas leyes, dada en Deuteronomio 25:5–6, se refiere al matrimonio: Cuando hermanos habitaren juntos, y muriere alguno de ellos, y no tuviere hijo, la mujer del muerto no se casará fuera con hombre extraño; su cuñado se llegará a ella, y la tomará por su mujer, y hará con ella parentesco. Y el primogénito que ella diere a luz sucederá en el nombre de su hermano muerto, para que el nombre de este no sea borrado de Israel.

RUT: SALVACIÓN POR GRACIA

El término dado a esta orden es la ley del matrimonio levirato. En pocas palabras, significaba que cuando un hombre en Israel murió antes de tener hijos, su hermano soltero tenía un obligación de casarse con la viuda. Aquí es donde la palabra levirato viene de; la palabra latina levir significa "hermano" o "hermano" de un marido". El objetivo de esta ley era garantizar que un hombre mantendría su línea continuada en Israel, lo cual era vitalmente importante para el pueblo de Dios en el Antiguo Testamento. En el Antiguo Testamento los santos anhelaban tener hijos. Las promesas que Dios había hecho a su pueblo promesas acerca de los niños. Había prometido la salvación a través de un niño, la Simiente de la mujer (Génesis 3:15). Había prometido darle a Abraham muchos hijos que llegarían a ser una gran nación (Génesis 12:2).

La herencia de un hombre se conservaba transmitiéndose de generación en generación a sus hijos. Por eso los santos del Antiguo Testamento anhelaban y encontraban deleite en tener hijos. La ley del matrimonio levirato fue destinado a proporcionar un heredero a un hombre muerto, para que su nombre continuara en la tierra de Israel entre el pueblo de Dios. Y aunque la ley era que el hermano se casara con la viuda, los israelitas aparentemente lo ampliaron para permitir el ingreso de otros parientes, para desempeñar el papel de redentor. Por lo tanto, no tenía por qué ser un hermano que se casó con la viuda del difunto, en este caso Rut, sino el pariente más cercano de Mahlón, su difunto marido. La segunda ley de interés en Rut 4 es la ley de propiedad, registrado en Levítico 25:23–25.

La tierra no se venderá a perpetuidad, porque la tierra mía es; pues vosotros forasteros y extranjeros sois para conmigo. Por tanto, en toda la tierra de vuestra posesión otorgaréis rescate a la tierra. Cuando tu hermano empobreciere, y vendiere algo de su posesión, entonces su pariente más próximo vendrá y rescatará lo que su hermano hubiere vendido.

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

La ley de propiedad establecida a los israelitas no se les permitía vender el terreno particular de tierra que Dios les había dado. Su parte de tierra individual era una imagen de su herencia y lugar en la Canaán celestial. Por lo tanto la tierra dada debía permanecer en la familia a lo largo de sus generaciones. En la ley de redención de propiedad, Dios dio una excepción a esta regla: a un hombre se le permitía vender su tierra (por un tiempo) si era pobre y necesitaba dinero o comida para mantener a su familia. Incluso Dios proporcionó un camino para esos israelitas indigentes para recuperar sus tierras. La forma prevista era que un hermano o pariente comprara el terreno a quien lo hubiera comprado del pobre, con la intención de que le fuera devuelto al dueño original. También era posible que un familiar rescatara la tierra directamente del pobre. De esta manera, la tierra que habían perdido por un tiempo les era devuelta a través de la amable intervención de un pariente redentor. A través de esta ley que se ordenaba en el Antiguo Testamento la redención de propiedad al pobre israelita no sólo le devolvió su tierra, sino que también conservó la preciosa imagen de su lugar en el cielo.

Las dos leyes explicadas anteriormente se unieron en la historia de Rut cuando Booz se dio cuenta de que era pariente de Mahlón y Elimelec. Al mismo tiempo, también entendió que había alguien más cercano en relación a Elimelec que él mismo, y por eso él se dedicó a cumplir los deberes de ambas leyes respecto de la redención de la esposa y la propiedad de Mahlon. Al ir a la puerta de la ciudad, Booz se acercó a los ancianos de la ciudad, quienes actuaron con autoridad muy parecida al consistorio de nuestros días. Esta acción colocó las transacciones que ocurrirían bajo su autoridad, y proporcionó un testimonio de su autenticidad. Con este sabio consejo autorizado, Booz se acercó al pariente más cercano y le presentó los hechos del caso. Aunque este hombre aparentemente estaba dispuesto (y probablemente incluso encantado) de redimir la tierra de Elimelec de manos de Noemí para sí mismo en falta de un heredero, no mostró ningún interés en levantar descendencia para heredar esa tierra para Mahlón. Y desde la adecuada transacción que requería que este hombre redimiese

RUT: SALVACIÓN POR GRACIA

la tierra y casarse con Rut, él se negó y permitió que Booz cumpliera los requisitos de la ley. Y así Booz redimió a Rut, y de esa manera también redimió a Noemí. Había salvación para Noemí y Rut en la persona de Booz.

Es importante ver que esta salvación fue completamente compasiva: una obra redentora de pura gracia. Booz estaba bajo ninguna obligación de redimir a Rut. No era hermano de Mahlón, y por lo tanto no estaba sujeto a las leyes del matrimonio por levirato. Booz era simplemente un pariente de la familia que estaba preocupado por Rut y Noemí. Aunque no existía ninguna obligación por ley, Booz no apartó la mirada de esa familia, sin importar cuán distantes pueden haber estado. Tampoco se dio la vuelta por el linaje moabita de Rut. En cambio, Booz decidió casarse con ella, y redimir sus bienes para que ella tuviera el pacto de herencia en la tierra de Canaán. Las acciones de Booz son típicas de la redención que nosotros también tenemos como el verdadero Israel de Dios. En este mundo malvado, que es como nuestro Moab, dónde sólo hay muerte. Debido a nuestra naturaleza pecaminosa y nuestros pecados diarios, sólo merecemos la muerte. La mano de Dios debe ser pesada sobre nosotros a causa de nuestras transgresiones. Pero hay para nosotros un Redentor en la tierra de Israel. Ese Redentor no es un simple hombre terrenal que tiene alguna bondad terrenal para con nosotros, pero que Redentor es el Señor Jesús, al igual que Booz, Él nos compró para ser su posesión y su esposa, y el precio que pagó para comprarnos para sí no fue oro ni plata que perece y corrompe, sino su propia sangre, que nunca perece ni corrompe.

Ese es un precio que no se puede medir, un pago que no tiene precio, eso realmente nos convierte en su novia. Aunque éramos por naturaleza extraños sin herencia, ahora somos su esposa. Por ese matrimonio Él nos da una herencia no en esta tierra, sino una herencia en la tierra prometida, la Canaán celestial. La redención de Rut por parte de Booz es típica de la redención que tenemos en el Señor Jesucristo. ¿Ves la gracia de la salvación de Dios? ¿Ves esa Gracia mostrándose en la historia de esta madre de Cristo? Esa es la Gracia mostranda a nosotros cada día.

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

Todavía hay un problema en la narrativa. Rut, aunque ella fue redimida, todavía era moabita. El libro de Rut es enfático en este punto. Su identidad en el libro es "Ruth la moabita".

Esto parece ser un problema porque según las leyes de Israel, los moabitas no podían tener un lugar entre el pueblo de Dios.

Deuteronomio 23:3, 4 dice:

No entrará amonita ni moabita en la congregación de Jehová, ni hasta la décima generación de ellos; no entrarán en la congregación de Jehová para siempre, por cuanto no os salieron a recibir con pan y agua al camino cuando salisteis de Egipto, y porque alquilaron contra ti a Balaam hijo de Beor, de Petor en Mesopotamia, para maldecirte.

A los moabitas se les prohibió absolutamente formar parte del pueblo de Dios. Aunque el pasaje habla de la décima generación, no significa que hay que implicar que hubo una prescripción, de modo que después de diez generaciones una moabita podría llegar a ser parte del pueblo de Dios. Más bien, que "diez generaciones" simplemente significa un número completo de generaciones, es decir, para siempre. En sus pecados contra los hijos de Israel, los moabitas habían demostrado una y otra vez ser enemigos del pueblo de Dios. Por eso Dios los excluyó de ser parte de la congregación. Éste es el problema de la historia de Rut; ella era enfáticamente una moabita. Incluso los egipcios, que esclavizaron a Israel, podían tener un lugar en Israel después de tres generaciones, pero no Rut. Por ley ella debería haber sido excluida.

Y, sin embargo, encontramos que Rut tenía un lugar en Israel. Este lugar no puede explicarse como desobediencia por parte de Booz, el hombre que la redimió cuando no debía hacerlo. En cambio, vemos que el lugar de Rut en Israel fue obra de Dios mismo. No fue Booz, sino Jehová, quien dio a Rut un lugar en Israel dándole una fe viva y verdadera.

La descripción acerca de la fe de Rut en Rut 2 es una de las más hermosas descripciones de fe en toda la escritura.

RUT: SALVACIÓN POR GRACIA

Esto le dice Booz a Rut: *Jehová recompense tu obra, y tu remuneración sea cumplida de parte de Jehová Dios de Israel, bajo cuyas alas has venido a refugiarte. Rut 2:12.*

Esa fue la fe de Rut, ella había llegado a confiar en la protección y salvación de Jehová. La evidencia de la fe de Rut se ve además en su confesión, que es una de las confesiones más hermosas de la Palabra de Dios. Cuando Noemí le dijo que se volviera a casa de su madre, Rut respondió: *No me ruegues que te deje, y me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios. Donde tú murieres, moriré yo, y allí seré sepultada; así me haga Jehová, y aun me añada, que solo la muerte hará separación entre nosotras dos.* Rut hizo una hermosa confesión de su fe.

A través de esta historia del amable injerto de Rut en el pacto, aprendemos que Dios no cuenta a sus hijos según la carne, sino según la elección. Esa es la única explicación que puede haber para la inclusión de Rut en el pacto. Rut no es una excepción a la regla, sino más bien la regla no se aplica a Rut. ¿Por qué? Porque espiritualmente ella no era hija de Moab; ella era hija de Abraham. El Señor cuenta a sus hijos según la elección. ¡Qué consuelo que es para nosotros! El Señor no cuenta a sus hijos según la fuerza o posición que tienen sobre esta tierra, pero Él los cuenta según su elección misericordiosa y soberana.

Sin embargo, como miembro electo del pacto, Rut pagó un precio enorme, no lo olvidemos. Fue doloroso para Rut ser miembro del pueblo del pacto, porque requería dejar atrás todo lo que había conocido en su vida anterior. Dejó atrás todas las posesiones que pudo haber tenido en Moab para entrar en Israel. Y sin saber que Booz se casaría con ella, dejó atrás cualquier expectativa razonable de tener un nuevo marido o la de tener hijos. Y casi con seguridad, ella dejó atrás familia en Moab.

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

Incluso Booz se maravilló de esto cuando conoció a Rut por primera vez en los campos de Israel (Rut 2:11). Rut tuvo que dejar atrás todo lo que era de Moab para ser parte del pueblo de Dios. ¿Ves lo que esto significa para el creyente? No es solo que por la gracia de Dios, hemos sido injertados en el Israel espiritual; no es sólo que hemos sido sacados de Moab que es este mundo, y que hemos sido hechos hijos de Abraham; no es solo que somos objetos de su obra redentora; pero nosotros también debemos estar dispuestos a dejar detrás de todo lo que pertenece a este mundo. ¡Si, todo! Esto es doloroso, pero el mismo Señor Jesucristo hizo que esto queda perfectamente claro en Lucas 14:25-27 para aquellos que quisieran seguirlo.

Grandes multitudes iban con él; y volviéndose, les dijo: Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo.

El sacrificio que implicaba dejar a los miembros de nuestra familia terrenal para formar parte de la familia de Dios es quizás una de las mayores pruebas que soporta el creyente. ¿Que pasa cuando un hijo o hija se desvía de la Palabra de Dios? Qué sucede cuando un hermano o hermana vive impenitentemente en divorcio y vuelve a casarse y no escucha la palabra de Dios acerca de este pecado del recasamiento? ¿Cuál es nuestra reacción cuando los padres son incrédulos, o ya no adoran en la iglesia fiel a la que alguna vez asistieron?

Todas estas son dificultades que el hijo de Dios puede enfrentar, las cuales realmente reducimos a esta simple pregunta: “¿Amas Cristo más que a nadie?”

Esta es la cruz de la que habló Jesús en Lucas 14:27. Abandonar todo por amor a Cristo es parte de “estimar el costo” de seguirlo. Y aún así, ¡el costo vale la pena! Valió la pena para Rut. Sí, probablemente lloró cuando dejó a su padre y madre detrás, pero mira lo que le dieron a cambio: un lugar y una herencia en Israel; el amor y la misericordia de Dios mismo, y un matrimonio con Booz, un tipo de Cristo.

RUT: SALVACIÓN POR GRACIA

Para Rut valió la pena ser discípula de Jehová, y vale la pena para nosotros cuando seamos capaces, por gracia, de ver verdaderamente lo que somos cambio de dejarlo todo por amor a Cristo.

Hay una cosa más acerca de Ruth que debemos ver, y es el hecho de que ella fue madre de un rey, demos un paso atrás por un momento y recordemos que Rut pertenecía a los días de los jueces, y como deja claro el libro de los Jueces, el pueblo de Dios necesitaba un rey. Hubo todo tipo de problemas en la nación de Israel porque no tenían rey, más bien era porque no estaban siguiendo a su Rey espiritual, Jehová. Haber pedido el pueblo de Israel un rey que representara a Jehová para ellos, bien les hubiera hecho. Pero al preguntar por un rey como las otras naciones, que fuera poderoso, fuerte y glorioso, mostraron una comprensión terrenal del liderazgo que necesitaban. Sin embargo, realmente necesitaban un rey que los guiara, incluso más de lo que conocían o reconocían. Porque cada hombre hizo lo que era justo ante sus propios ojos en ese tiempo, el pueblo de Dios necesitaba la disciplina que un rey traería.

El libro de Rut, que representa una instantánea historia del tiempo de los Jueces, se enfoca en una sola familia en lugar de mirar a toda la nación de Israel. Sin embargo, a través de esta pequeña abertura de la historia vemos cómo Dios proporcionaría al rey que necesita toda la nación. El rey sería provisto a través de el matrimonio de Booz y la moabita Rut. Dios dio a esa pareja un hijo, Obed. Y Obed fue padre de Isaí quien fue el padre de David. El libro de Rut termina con el nombre de David, mostrando que todo el libro apunta a nuestra visión no simplemente ante una bonita historia de amor entre Booz y Rut, sino al Rey. No, no sólo David el rey, sino Jesucristo el Hijo de David, que es el Rey de reyes y Señor de señores. ¿Ves el honor que se le dio a Rut al ser incluida en el pueblo del pacto? A ella se le dio el privilegio de llevar a David, y al hacerlo, llevar al propio Señor Jesucristo. Al final sólo podemos decir: ¡Todo es gracia!

Todo es gracia, la redención de Rut, su inclusión en el pueblo del pacto y su privilegio de dar a luz al rey; todo es gracia.

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

Y cuando apartamos la vista de Rut para vernos a nosotros mismos, hacemos esa confesión también. Somos redimidos por la sangre de Cristo, somos traídos al pacto de Dios. Y somos hechos súbditos del Rey, e hijos del Padre. A Él sea la gloria por su gracia en nuestra salvación.

CAPÍTULO 4

Betsabé: Camino a la restauración

Mateo 1:6 & 2 Samuel 11, 12

Isaí engendró al rey David, y el rey David engendró a Salomón de la que fue mujer de Urías.

Introducción

Betsabé es quizás la más difícil de las madres de Cristo con quien lidiar porque simplemente no hay mucho en la Palabra de Dios sobre Betsabé.

Incluso cuando es introducida en 2 de Samuel 11, ella casi inmediatamente pasa a un segundo plano. Hay algunas cosas que sabemos sobre Betsabé, unas pequeñas ventanas de su propia experiencia como madre de Salomón. Leemos sobre esas experiencias en su descubrimiento de que está embarazada de David, y luego, más tarde, una viuda. Hay suficiente en esas experiencias para una vida de dolor para Betsabé. Pero incluso en estas experiencias, Betsabé pasa a un segundo plano. Como tal, la historia de Betsabé no se trata tanto de Betsabé sino de David, el profeta Natán y su hijo Salomón.

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

En cierto modo parecería que Betsabé sirve sólo como una especie de introducción para estos otros personajes principales de la historia.

Pero cuando se consideran a las otras madres de Cristo en Mateo 1, todas ellas finalmente pasan a un segundo plano. La historia de estas madres no se trata tanto de ellas sino se trata de sus hijos, y lo más importante, Jesucristo mismo. El propósito de la genealogía es señalarnos al Señor Jesús. Cristo; es en quien estamos interesados. La vida y la familia, nuestra situación y llamamiento, y todo lo demás que nos ha dado el Señor no son ante todo para nosotros mismos. En pocas palabras, las vidas que vivimos no se trata de nosotros, en absoluto. Todo sobre nuestras vidas deberían pasar a un segundo plano como meros medios para que El Señor lo use para glorificarse a sí mismo.

Así es como afrontaremos la vida de Betsabé según lo que sabemos. Este capítulo trata principalmente sobre David durante su pecado con Betsabé, pero también con Natán y Salomón. Tanto Betsabé como los personajes de su vida son realmente un testimonio de los medios por los cuales Dios restaura sus hijos descarriados, para que así sean un testimonio de la gloria y la gracia de Dios en su soberana obra de salvación.

2 de Samuel 11 nos presenta a David durante una época de devastadora debilidad espiritual en su vida. El escenario era la época del año en que los reyes salían a la batalla. Este año algo era diferente en el ejército de Israel. En lugar de David ir cabalgando al frente del ejército, encontramos que el capitán de su ejército, Joab, iba al frente del ejército, y David se quedaba en casa. Con esta acción, David no cumplió su llamando como rey del pueblo de Dios. David era espiritualmente débil en este momento de su vida.

Leemos acerca de las debilidades de la carne que plagan la vida del pueblo de Dios, de vez en cuando lo leemos en los Cánones de Dort. En el capítulo 5, en el artículo 4, se cita a David como ejemplo de alguien que se sometió a una lamentable caída espiritual en el pecado.

BETSABÉ: CAMINO A LA RESTAURACIÓN

Los Cánones de Dort, capítulo 5, artículo 4

El poder de Dios que fortalece y preserva a los verdaderos creyentes en la gracia es más que un rival contra la carne. No obstante, dado que los convertidos no siempre están del todo activos y motivados por Dios, como para mantenerse en dirección de la gracia en ciertas acciones específicas, por su propia culpa son descarriados por los deseos de la carne y sucumben a ellos. Debido a esto, deben estar siempre en guardia y orar para que no caigan en tentaciones. Si no hacen esto, no sólo pueden ser arrastrados por la carne, el mundo y Satanás a cometer pecados, incluso serios y horribles pecados, sino que, por el justo permiso de Dios, algunas veces son así arrastrados, como lo testifican los dolorosos casos de David, Pedro y otros santos que cayeron en pecado, como narra la Escritura.

A causa de su propia debilidad y su propia necesidad, David no fue simplemente seducido por los deseos de su carne, sino que cayó en adulterio grave. La Biblia es instructiva en cuanto a cómo el pecado del adulterio obró en la vida de David. David no cayó en adulterio de una vez, de modo que en un momento era puro y recto, y al momento siguiente se había hundido en las profundidades de ese pecado. David cayó en ese grave pecado en pequeños pasos, cada paso lo llevó más profundamente al pecado. Hay al menos tres pasos en la caída de David que la Palabra de Dios nos revela. El primero de esos pasos fue que por la tarde salió al terrado de su casa y, mirando sobre la ciudad, divisó a lo lejos a una mujer bañándose y luego no pudo darse la vuelta. Su mirada se detuvo en esta mujer, quien “era muy hermosa a la vista” (2 de Samuel 11:2). El segundo paso en la caída de David fue que en lugar de apartar su mirada y arrepentirse de su lujuria, preguntó a sus sirvientes: ¿Quién es aquella mujer de allí? Habiendo descubierto que la mujer era Betsabé, la esposa de Urías heteo, David dio el tercer y último paso de enviar a sus mensajeros a traerla a su palacio. Para que el pecado físico del adulterio, tuviera lugar posteriormente en palacio, fue casi una conclusión inevitable.

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

Casi podemos ver a Satanás al lado de David, arrastrandolo paso a paso mientras cae en su pecado. ¡Y esto suena tan cierto también en la vida del pueblo de Dios! Cuando estamos en un estado de debilidad espiritual, podemos ser comparados con David, siendo arrastrados y acompañados por Satanás. El corazón desea; la carne codicia; y en lugar de volvernos y arrepentirnos en cada uno de esos pasos, decimos: Simplemente un poco más. Sólo un poquito más, hasta que caemos en un gran pecado.

En lugar de arrepentirse de su caída, David cayó aún más tratando de encubrir su pecado, al menos a los ojos de los otros pueblos de Israel. Después de que Betsabé se hubo ido a casa y había pasado cierto tiempo, ella envió un mensajero de regreso a David, diciendo: ¡Estoy embarazada!. En respuesta, David no confesó su pecado ni se arrepintió, sino que trató de borrar y cubrir su pecado por su propia cuenta.

Al principio David intentó que pareciera que el niño que concibió con Betsabé pertenecía a Urías. Pero encontrar a este hijo de Dios ser fiel y verdadero en todo momento, sin estar dispuesto a tomar un respiro mientras el arca y el ejército de Israel estaban en el campo batalla, David recurrió a planes más oscuros con el pretexto del engaño. Con su propia sentencia de muerte secreta en la mano, Urías fue enviado a volver a Joab y a los muros de Rabá para morir. Aunque David no alzó su propia espada contra Urías, por sus intrigas, efectivamente tomó la espada de los amonitas y mató a Urías con su propia mano. Al tratar de cubrir su pecado de adulterio por sí mismo, David agravó su pecado y también cayó en el pecado de asesinato. Este es un instructivo para el pueblo de Dios, y es que cuando tratamos por nosotros mismos cubrir nuestros pecados o buscar cobertura en otra cosa que no sea la sangre de Cristo, inevitablemente caeremos en más pecado. Intentar cubrir un pecado termina agravando ese pecado, como en el caso de David.

¡Hijo de Dios, sólo hay una cobertura para tu pecado! Y esa cobertura para el pecado no se encuentra en tu propias manos. Cuando caes en pecado y piensas que eres fuerte y lo suficientemente sabio como para encubrirlo para que nadie se entere, y al intentar cubrirlos también agravamos nuestros pecados.

BETSABÉ: CAMINO A LA RESTAURACIÓN

Un pecado conduce a otro, a menos que te arrepientas y busques la única cobertura que se puede encontrar: la sangre del Señor Jesucristo. Sólo la sangre de Cristo, cubre nuestros pecados ante los ojos de Dios. Por lo tanto, tú y yo debemos confesar nuestros pecados y buscar la justicia que se puede encontrar sólo en Cristo.

La caída en pecado que experimentó David tuvo graves consecuencias, consecuencias para él y su familia, y para la nación de Israel también. Los Cánones de Dordt (Capítulo 5, Artículo 6) llaman la caída de David como una "caída melancólica". Esa palabra "melancolía" es una descripción perfecta de la caída de David. Significa "algo que causa dolor" no sólo un dolor pasajero, sino algo que nos hunde en el dolor. La idea de la depresión está contenida en la palabra "melancolía". La melancolía sugiere que es una situación tan triste y deprimente que le roba a uno la voluntad o la capacidad de seguir adelante. El pecado de David fue una melancolía, una caída, no sólo para él, sino para todo el pueblo de Dios.

El pueblo de Israel en sus días fue afectado por el pecado, porque una de las consecuencias fue que la espada nunca se apartó de la casa de David (2 de Samuel 12:10). Pero mas importante, el pecado cometido en secreto se hizo público a todo Israel y dio a los enemigos de Dios oportunidad para blasfemar. (2 de Samuel 12:14). Fue motivo de vergüenza para toda la iglesia en los días de David.

También podemos decir con razón que los efectos de la caída de David todavía se sienten en la iglesia de Jesucristo hoy. Podemos mirar el pecado de David y decir: "¿Quién es ese? ¿Es ese David? ¿Es ese el hombre conforme al corazón de Dios? ¿Es ese el pastor de Israel? ¿Es ese quien mató a Goliat? ¿Qué está haciendo en casa durante la guerra, y qué está haciendo con Betsabé en su casa? ¿Y qué hace con la sangre de Urías en sus manos? ¿Quién es ese?" Estas preguntas son una fuente de melancolía para nosotros, como lo describen los Cánones, porque no hay ninguno de nosotros quien sea espiritualmente más fuerte que David. David era un gigante espiritual. David fue un tipo sobresaliente de Cristo en el Antiguo Testamento.

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

En contraste, somos simplemente personas comunes y corrientes de Dios y santos de su reino. No es que el oficio de creyente deba ser despreciado, (es algo extraordinario ser un hijo de Dios y un santo en su reino!), pero no estamos a la altura espiritual de David. Y si David era capaz de cometer adulterio y asesinato, entonces tú y yo también somos capaces de cometerlo. Aprendamos de la caída de David que cada uno de nosotros es capaz de las más atroces transgresiones.

Sin embargo, el propósito de conocer esta Palabra de Dios, que revela nuestra total depravación, no es dejarnos abatidos por tratar de vivir una vida santa. El propósito de escuchar esta Palabra de Dios es que se nos advierte que estemos vigilantes. Esta palabra de Dios dice: "Sed diligentes en escudriñar la Palabra, el ejercicio de la oración y ser fiel en el uso de los medios de gracia que Dios nos ha proporcionado. ¡Tú!" ¿Quieres seguir saboreando la gracia de Dios y vivir a su favor? Entonces ten cuidado, no sea que caigas como cayó David. Hay una advertencia para nosotros en la melancólica caída de David de que debemos estar vigilantes en nuestra vida cristiana espiritual, porque Satanás, el león rugiente, siempre busca rezagados espirituales a quienes pueda devorar.

Otro propósito clave que tiene el Espíritu Santo al revelar la historia de la caída de David es para recordarnos que David era sólo un tipo de Cristo: él no era el verdadero Mesías. David no era el que traería la salvación al pueblo por su cuenta y fortaleza. David era sólo una sombra de Cristo. Él era sólo un cuadro, un cuadro sobresaliente en el Antiguo Testamento, pero al final solo una foto. Su dolorosa caída en el pecado mostró a los hijos de Israel que no podían confiar en David, pero que debían poner su confianza únicamente en Jehová Dios. Y para nosotros, los hijos de la nueva dispensación, la caída de David es un recordatorio que nuestra confianza no está en nosotros mismos ni en ningún simple hombre, sino en Jesucristo. Sólo él es nuestra salvación. El hecho de que David no confiara en Jehová para su perdón, la Escritura nos deja un mensaje escalofriante. 2 de Samuel 11 termina con estas palabras: Pero lo que David había hecho desagradó a Jehová.

BETSABÉ: CAMINO A LA RESTAURACIÓN

David pensó que lo tenía todo bien encubierto. Al parecer creía que nadie iba a descubrirlo. Pero Dios en el cielo lo sabía... y esto desagradó al Señor. Eso es lo peor que un hijo de Dios podría jamás escuchar. Cuando leemos esto en el capítulo 11, es difícil continuar leyendo, porque sabemos lo que viene después. Cuando el Señor está disgustado, cuando se enciende su ira, el único resultado posible es el castigo del infierno. La dificultad al leer este pasaje de la Palabra de Dios es que cada creyente, y realmente cada persona sabe en su corazón que las cosas que han hecho no agradan a Dios. Es difícil leer este pasaje porque sabemos lo que merecemos. cuando esto se nos dice a nosotros: "Lo que hiciste desagradó al Señor", entonces lo que tiene que venir después, por derecho, es el infierno y la destrucción.

Pero la asombrosa y maravillosa gracia de Dios es lo que sucedera en lo que sigue de la historia de la caída de David! El capítulo 12 no trata sobre la destrucción de David. El capítulo 12 no trata sobre la eterna maldición de Dios que tú y yo deberíamos soportar. ¡El capítulo 12 trata sobre la restauración! ¡El capítulo 12 trata de la salvación y el perdón de los pecados! Sí, aunque hay gran dolor en ese camino del perdón. Hubo una gran tristeza en David por los castigos que tuvo que soportar, es decir allí en el capítulo 12 también. Pero el capítulo 12 no trata esencialmente de castigo y destrucción: se trata de la salvación de David. Si, el final del capítulo 11 es escalofriante: *Lo que David había hecho fue desagradable ante los ojos de Jehová.* Luego el comienzo del capítulo 12 es glorioso y maravilloso: *Y Jehová envió a Natán a David.* Natán, a quien Dios usaria para llevar a David al arrepentimiento y mostrarle a David el camino del perdón.

Como profeta de Jehová, Natán trajo la Palabra viva de Dios a David. Este es siempre el primer paso en la restauración espiritual: el envío de la Palabra de Dios. Y el corazón del mensaje de Natán a David era la Palabra de Dios, que llevaba esta acusación: ¡Tú eres ese hombre! David, eres culpable.

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

Natán presentó esta acusación a David usando la conocida historia del rico y el pobre. *Había dos hombres en una ciudad, el uno rico, y el otro pobre. El rico tenía numerosas ovejas y vacas; pero el pobre no tenía más que una sola corderita, que él había comprado y criado, y que había crecido con él y con sus hijos juntamente, comiendo de su bocado y bebiendo de su vaso, y durmiendo en su seno; y la tenía como a una hija. Y vino uno de camino al hombre rico; y este no quiso tomar de sus ovejas y de sus vacas, para guisar para el caminante que había venido a él, sino que tomó la oveja de aquel hombre pobre, y la preparó para aquel que había venido a él. Entonces se encendió el furor de David en gran manera contra aquel hombre, y dijo a Natán: Vive Jehová, que el que tal hizo es digno de muerte. Y debe pagar la cordera con cuatro tantos, porque hizo tal cosa, y no tuvo misericordia. Entonces dijo Natán a David: Tú eres aquel hombre.* (2 de Samuel 12:5). Habiendo escuchado estas acaloradas palabras de juicio, Natán presentó la acusación ante la cual David había sido ciego: “Tú eres ese hombre”.

Semejante palabra de acusación no es fácil de pronunciar, especialmente cuando la acusación debe llegar como fin a un amigo o familiar que se ha desviado de la Palabra de Dios. Sin embargo, es esta palabra de acusación la que hace un padre para llamar a sus hijos: “Mi hijo (o mi hija), eres tú quien ha desagradado a Dios. La palabra de Dios es que estás caminando en pecado”. Tampoco es ésta una palabra fácil para ancianos, para que realicen la obra de disciplina, cuando tengan que ir a la casa de un miembro de la congregación y decir la Palabra de Dios: ¡Eres tú!. Tu eres el que es culpable ante Dios. ¡Tú eres ese hombre!. Tampoco la palabra de acusación es una palabra fácil de pronunciar desde el púlpito. Pero el mensaje del Evangelio a veces debe contener acusaciones que lleven a una congregación a ponerse de rodillas: “Pueblo de Dios, tú y yo somos aquel hombre.” Esa es la Palabra que hay que traer.

BETSABÉ: CAMINO A LA RESTAURACIÓN

Sin embargo, no perdamos de vista por qué la palabra se debe presentarse con acusación. El propósito de Dios no era cortar a David en su pecado, pero restaurar su relación con Él. Esta restauración se logra en la forma de arrepentimiento. Y el arrepentimiento sólo puede lograrse cuando por la gracia de Dios: la palabra de acusación es traída para cortar todas las defensas y durezas de corazón que levantemos para justificar nuestros pecados. Cuando caminamos en el camino de los impenitentes, nos endurecemos contra Dios. Ponemos defensas contra Él y su Palabra, convenciéndonos de que estamos bien. Ese fue el caso de David, durante mucho tiempo, casi el tiempo suficiente para que naciera su primer hijo con Betsabé se convenció a sí mismo de que todo estaba bien. Por casi un año, David caminó sin arrepentirse en su pecado de adulterio, mentira y asesinato. Fue duro contra la Palabra de Dios hasta que Natán se le acercó con esta acusación: "Tú eres aquel hombre". Entonces, finalmente, todas las defensas de David fueron derribadas. Esta es la palabra que estamos llamados a llevar de vez en cuando unos a otros, para que nuestras defensas sean arrojadas al suelo, y para que podamos ser restaurados en el camino del arrepentimiento y fe en Cristo.

Para preservar a David en el camino de la fe y la obediencia, Dios envió consecuencias por su pecado. No debemos pensar en estas consecuencias como castigos, como si nosotros o David pudiéramos pagar por nuestro pecado, aunque sea en parte, no podemos. En cambio, estas consecuencias son castigos, destinados para apartarnos de la dureza de corazón y para instruirnos que el camino del pecado es la muerte. Para David, esas consecuencias fueron graves. La primera consecuencia para David fue que su hijo con Betsabé murió poco después de su nacimiento. Además, la espada de la contienda nunca se apartaría de su casa.

Si 2 de Samuel 12 es un registro glorioso de la restauración de David, entonces el capítulo 13 es una lección sobre las consecuencias del pecado que plagó su vida a partir de entonces. En 2 de Samuel 13 somos testigos de las horribles consecuencias de la espada en la casa de David casi inmediatamente después de su amorío con Betsabé.

BETSABÉ: CAMINO A LA RESTAURACIÓN

La repugnante historia de Amnón, Tamar y Absalón es una que podríamos dudar en leer en la mesa con niños pequeños alrededor. En esta historia vemos los pecados de asesinato y lujuria perpetuados en la vida de la familia de David y encontramos las semillas de la rebelión y la guerra civil que pronto seguiría. Estas consecuencias severas fueron ordenadas por Dios, a causa de la caída de David en pecado.

No olvidemos que las consecuencias de nuestros pecados pueden muchas veces también ser severas. Pero nunca olvides que estas consecuencias son dadas en amor por un Padre celestial que es un trabajador perfecto en restauración. Las consecuencias del pecado no son una marca que hemos dejado de ser hijos de Dios, sino que somos más bien evidencia de que somos amados por Dios y queridos por Él. Sin embargo, las consecuencias del pecado, incluso para los hijos de Dios... pueden ser terriblemente severas.

¿Pero qué significa esto? ¿Por qué tener consecuencias tan duras? ¿Le sucederá a los hijos de Dios arrepentidos como parte de la restauración? La respuesta simple es que las consecuencias deben ser duras porque las consecuencias duras son el mejor maestro. Recuerda el objetivo del castigo es enseñar. Cuando Dios viene con la acusación "Tú eres ese hombre", también agrega a esa palabra una consecuencia para recalcar su mandamiento: "No harás". Las consecuencias son un recordatorio constante para que odiemos nuestro pecado. Esas consecuencias nos sacuden espiritualmente, por así decirlo, de modo que nuestros ojos se ven obligados a abrirse para ver "La forma en que he vivido no ha sido agradable. ¡Ha sido miserable! ¡Esto trae más miseria!. Dios en su sabiduría sabe cómo aplicar la vara de la instrucción, una vara que lleva a casa. Su Palabra nos lleva al arrepentimiento. Note cuáles son las duras consecuencias del pecado junto con la palabra de acusación y el resultado de lo que obro en David. ¡Se arrepintió! Ver la confesión que hace en 2 de Samuel 12:13. David dijo a Natán: *Pequé contra Jehová*. ¡Eso es maravilloso! Por primera vez en casi un año, David reconoció su pecado. Su confesión marca su verdadera restauración, aunque fue afligido de corazón y abatido en extremo.

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

Observé la breve declaración de contrición de David, el verdadero arrepentimiento que se requiere de nosotros. En primer lugar, el verdadero arrepentimiento no culpa a otro. El verdadero arrepentimiento reconoce el propio pecado. David no dijo: "En parte también fue culpa de Betsabé. ¿Que estaba haciendo ella, bañándose al aire libre donde pudiera verla? David tampoco culpó de su pecado a los sirvientes de su palacio, quienes revelaron la identidad de Betsabé, o Joab, quien le permitió matar a Urías. David simplemente admitió: "Es mi culpa. yo soy el que ha pecado". El verdadero arrepentimiento, en segundo lugar, hace una confesión completa del pecado. Aunque el arrepentimiento de David es muy breve: "He pecado contra Jehová" en esa palabra "pecado" están incluidas todas sus transgresiones en todo este asunto. Y Natán acababa de ponerlas todas delante de él, y con esas transgresiones delante de él, David exclamó: "Soy culpable de cada uno de a ellas." Esa es una confesión total del pecado. Él no estaba tratando de esconderlo más; David lo confesó todo. ¡He pecado primero contra el Señor!

En tercer lugar, el verdadero arrepentimiento reconoce que la peor parte del pecado es que va contra Dios. David confesó "He pecado contra el Señor". Hay algo notable en esa confesión. Natán acababa de decirle a David las cosas más horribles que le iban a pasar a su familia, pero la preocupación de David era por el Señor. "He pecado en su contra." El dolor de David no se debió simplemente a consecuencias, pero su pena era porque había violado la Palabra de Jehová Dios, a quien amaba. Su verdadera preocupación era por su pecado contra su Dios, y por la ocasión que le había dado a los enemigos del Señor para blasfemar (2 de Samuel 12:14).

Éste es el camino del verdadero dolor y arrepentimiento. Aunque Dios puede usar las consecuencias para hacernos arrepentirnos de la manera correcta, el mayor dolor no debe ser por estas consecuencias, el verdadero dolor debe radicar en nuestra conciencia porque hemos pecado contra nuestro Padre, y porque sólo a Él hemos desagradado.

BETSABÉ: CAMINO A LA RESTAURACIÓN

Terminamos este capítulo sobre Betsabé y David mirando más allá de las consecuencias que fueron para la restauración final de David. El fin de la restauración de David es gloriosa, porque el fin es el perdón total de todos sus pecados en la sangre de Jesucristo. Dos breves secciones en 2 de Samuel 12 señalan este hecho. En el versículo 13 leemos: "David dijo a Natán, he pecado contra Jehová. Y Natán dijo a David: *También Jehová ha remitido tu pecado, no morirás.* Luego, en los versículos 24 y 25 leemos: *Y consoló David a Betsabé su mujer, y llegándose a ella durmió con ella; y ella le dio a luz un hijo, y llamó su nombre Salomón, al cual amó Jehová, y envió un mensaje por medio de Natán profeta; así llamó su nombre Jedidías, a causa de Jehová.* Ese nombre Jedidías significa "amado del Señor".

Este fue el fin de David: un perdón pleno y completo de todos sus pecados, y provisión de una señal de que había sido bondadosamente restaurado en las promesas del pacto. Este final de la historia de David y Betsabé es el mismo mensaje de la Palabra del evangelio para los pecadores culpables y arrepentidos en la iglesia de Jesucristo. "El Señor también ha quitado tu pecado". Ese pecado ya no se pega a ti; no cuenta como tuyo ya. ¡Se fue! Y además, que el pecado no es simplemente arrancado y luego escondido por Dios, es perdonado y completamente expulsado. Observe la garantía que David tenía, y esa garantía tú y yo la tenemos, con respecto al perdón. Esta garantía vino a través del hijo nacido de David y Betsabé, a quien llamaron Salomón. ¿Qué descubrimos sobre él? "El Señor lo amaba". Ese es el nombre que Dios le dio a través de Natán: Jedidías, amado del Señor. Y esa es la garantía de que nuestros pecados efectivamente son perdonados. Todos ellos fueron puestos sobre Jesucristo, quien es el verdadero amado Hijo de Dios. Y como Dios lo amaba, Él no dejaría sobre Jesucristo la culpa de esos pecados. En lugar de eso, él resucitaría a Jesús de la muerte, habiendo pagado una sola vez por todos nuestros pecados.

BETSABÉ: CAMINO A LA RESTAURACIÓN

Y luego pondría a Cristo Jesús resucitado a su diestra, donde ahora reina en gloria. Nuestra esperanza reside en el conocimiento de que el verdadero Jedidías amado de Dios reina hoy en gloria. Nuestra esperanza yace sabiendo que somos suyos, y que si es amado de Dios, si ÉL es verdaderamente Jedidías, entonces tú y yo debemos ser Jedidías también. Este es tu nombre en Cristo y el mío, eres Jedidías, amado del Señor.

Y en ese amor está la garantía que todos nuestros pecados, por atroces que sean, son perdonados. Entonces resulta que la historia de Betsabé no es tan difícil después de todo. Es la historia de la salvación en el salvador revelado en esta improbable madre.

CAPÍTULO 5

María: ¡Bendita eres Tú!

**Mateo 1:16 & Lucas 1:26-56
y Jacob engendró a José, marido de María, de la cual
nació Jesús, llamado el Cristo.**

Introducción

Dirigimos nuestra atención en este capítulo a María, la última madre en la genealogía del Señor Jesucristo. De las cinco madres de Cristo enumeradas en Mateo 1, ella fue quizás la madre más improbable de todas. María se destaca como una improbable madre, no por su estilo de vida, ni por sus pecados, ni por su raza, como las otras madres que hemos considerado; pero porque María era virgen. Con las otras madres, al menos había un hombre involucrado; pero a María le era imposible ser una madre de Cristo, al menos humanamente hablando. Y sin embargo aquí ella está al final de la genealogía, una virgen que da a luz a Jesús, quien fue llamado Cristo.

Por eso María, como estas otras madres de Cristo, demuestra la completa gracia de Dios en nuestra salvación.

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

Lo que era humanamente imposible para esta madre, dar a luz un hijo para Dios fue posible.

El honor le corresponde a María, porque María fue bendita. El ángel Gabriel le dijo: “Bendita tú entre las mujeres”, y María misma cantó las palabras: *“Pues he aquí, desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones”*. Sin embargo, el honor de María no se debe a nada en ella. La historia de María debe comenzar con la propia indignidad de María. María no era nada como el mundo cuenta por honor. No había prestigio ni importancia terrenal apegado a una humilde mujer de Galilea. María confesó como mucho en la canción que cantó al ver a su prima Elisabeth. Ella dice en Lucas 1:48: *“Ha mirado la bajeza de su sierva”* Eso era todo lo que tenía: un patrimonio bajo. Nadie noto nada en ella. Nadie le dio especial importancia. De hecho, cuando ella y José llegaron a la posada un poco después, como se registra en Lucas 2, no había lugar para ella allí. Esto fue especialmente porque no había lugar para el Hijo que llevaba, pero no había lugar para María tampoco, porque no había nada significativo en María. Ella no era nada de lo que concierne al mundo.

La redacción del pasaje de Lucas 1 enfatiza la insignificancia de María también. Observe que a lo largo del pasaje ella es completamente pasiva. No fue María quien decidió: “Ahora voy a dar a luz un hijo”. era Dios quien decidió “María, vas a dar a luz un Hijo”. A María se le presentó el ángel y recibió la noticia sin ninguna autoridad para decir “sí” o “no” a esa noticia. Incluso el reconocimiento que María hizo a la palabra que el Señor le dirigió: “Así sea con tu sierva como has dicho”, fue una aceptación pasiva de lo que el Señor le había declarado. Esto fue evidente para Elisabeth, quien, comprendió la magnitud del papel de María, y exclamó hacia ella: “Bienaventurada la que creyó”. En el pasaje, María estaba enteramente pasiva. Ella no tomó la iniciativa de traer al Hijo de Dios, ni dio su aprobación para que ella fuera la madre del Cristo.

MARÍA: BENDITA ERES TÚ !

Es más, desde el punto de vista espiritual, María no era nadie. Espiritualmente ella era una humana caída, muerta por naturaleza en delitos y pecados. No leemos mucho sobre el pecado de María en la Palabra de Dios, pero la Palabra sí indica que María a veces era centrada en lo terrenal. Ella reflexionó sobre muchas cosas en su corazón, y por eso quizás tenía una comprensión más clara que otros, sobre el propósito celestial de Cristo, su Hijo; pero ella, sin embargo, se aferró a lo terrenal. Jesús tuvo que reprenderla un un par de veces por eso, una vez cuando tenía doce años y María se enojó con él por quedarse en Jerusalén después de la fiesta sin el conocimiento de sus padres. En ese tiempo Jesús le dijo: *“¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?”* (Lucas 2:49).

Un incidente similar se registra en Juan 2, en las bodas en Caná de Galilea. Nuevamente María vino a Jesús, esta vez cuando los anfitriones se quedaron sin vino y dijeron: "No tienen vino". De la respuesta de Jesús podemos entender lo que implica esta simple declaración y que era una orden terrenal: "Haz un milagro para que ahora todos sepan quién eres, para que puedas tomar el trono de David en Jerusalén". Jesús tuvo que recurrir a ella y decirle: "Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo? Mí hora aún no ha llegado" (Juan 2:4). María se aferró a lo terrenal, ese fue un error, una debilidad espiritual, y es una evidencia de su naturaleza totalmente depravada.

Desde todo punto de vista, María, según el orden espiritual y consideraciones terrenales, no fue nada, y no se le debe ningún honor en absoluto por lo que ella era en sí misma. Esa verdad expone la locura del culto a María practicado por los Católico romanos. Como cristianos reformados (protestantes), nosotros todavía hoy tenemos una controversia con la Iglesia Católica Romana. Esa controversia no se trata sólo del camino de la salvación y la justificación sólo por la fe, pero esa controversia también tiene que ver con el lugar de María en el culto de la iglesia.

La Iglesia Católica Romana le reza con esta idea en mente: Jesucristo es tan alto y tan exaltado, y feroz en su ira contra el pecado: que Él no se va a tomar el tiempo para escucharme si le oro.

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

De hecho, Él podría destruirme. ¡Pero Él escuchará a Su madre! Entonces oraré a María, y María llevará mi petición a su Hijo, y luego Jesús me escuchará. Desde hace mucho tiempo, los miembros de la iglesia Católica Romana comenzaron, a buscar su salvación no en Cristo, sino en su madre María. ¡Eso es una tontería! No hay nada sobre ella, en y por sí misma, que merezca el honor o la adoración de la humanidad.

Sin embargo, aunque María no tenía ningún valor ni honor en sí misma, y aunque no merece nuestra adoración, ella es la más bendita entre las mujeres. Tanto el ángel y Elisabeth declaran esto (“Bendita eres tú entre las mujeres”, Lucas 1:28) y (Lucas 1:42) al igual que María misma (“Desde ahora todas las generaciones me llamarán bendita”, Lucas 1:48). Pero la bienaventuranza de María estaba unida a su hijo. Su bendición fue que Dios le había dado el privilegio para dar a luz a Cristo: para llevarlo en su seno, para traerlo al mundo, para nutrirlo y criarlo, y para estar con Él durante aproximadamente 33 años de su vida terrenal. La bienaventuranza fue que ella dio a luz a Cristo.

La bienaventuranza que tuvo María fue un gran privilegio porque significaba que Dios, desde la eternidad, había elegido a María como escenario del mayor milagro en la historia. La maravilla central de la salvación ocurrió en María, la maravilla de la encarnación. Este milagro es el misterio de la piedad del que habla Pablo en 1 Timoteo 3:16: *E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne,*

Ésta es la gran maravilla de todas las épocas. María tuvo el privilegio de ser el escenario en el que se desarrolló el mayor milagro que jamás haya ocurrido. Lo que ocurrió en María es el tema de maravilla para la iglesia de todas las épocas. Todavía hoy la iglesia contempla la encarnación del Señor con temor. La encarnación es la maravilla central de la salvación.

En esencia, la encarnación fue ésta: el Dios eterno, la segunda Persona de la Trinidad, que es y sigue siendo el más bendecido; quién es eterno, quién es infinito, quién es omnipotente y omnisciente, y quien es Dios mismo; tomó para sí ser un humano en naturaleza, tan real como la nuestra, de modo que Él fue y es al mismo tiempo plenamente Dios y plenamente hombre, unidos en una sola Persona.

MARÍA: BENDITA ERES TÚ !

Que la iglesia se refiera a la encarnación como el “centro maravilloso” significa ante todo que es el mayor milagro más poderoso jamás realizado. ¿Podemos ver eso, que el nacimiento de Jesús es el mayor milagro jamás realizado? Hay todo tipo de milagros que podríamos destacar como los más grandes. Quizás tu elección sea la creación del mundo; ¡ese fue un gran milagro! Quizás el mío sería la resurrección de los muertos en las Escrituras, Lázaro y otros. O quizás, por otro lado, la restauración de la vista a los ciegos sería el mejor. ¡Pero todos los milagros en la Palabra de Dios palidecen en comparación con esta maravilla: que Dios mismo se hizo hombre! *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* (Juan 1:14). La encarnación es la cabeza y hombros por encima de todos los milagros en las Escrituras.

La encarnación es también la maravilla central de la salvación y significa esto: que lo maravilloso lo que da sentido a todos los otros milagros. El nacimiento del Señor es la señal de las señales que interpreta y explica cualquier otro signo y prodigio hecho en las Escrituras. En cierto modo, todos los milagros apuntan a este hecho: que Dios se hizo carne y nos ha unido a Él mismo. Todos los milagros apuntan al resultado de la encarnación, la salvación del pueblo elegido de Dios. De esta manera vemos que los muertos resucitan para vivir con Él, para que los ciegos reciban ojos para verle, que los cojos anden para seguirle. Toda maravilla encuentra su centro en la encarnación del Señor. Y María tuvo el privilegio de ser el escenario en el que se desarrolló esta gran maravilla.

Desde un punto de vista personal la encarnación es también la mayor maravilla jamás realizada, porque el resultado de la encarnación es literalmente "Dios con nosotros". Cuando el ángel le dijo a María: “Él se llamará Emanuel”, él simplemente le estaba diciendo que su Hijo sería “Dios con nosotros”. Todavía hoy Dios vive con nosotros en compañerismo personal e íntimo. Emanuel, no se queda lejos de nosotros en el cielo, enviando algunas órdenes para que las sigamos, o movamos y dirijamos nuestras vidas por su providencia de una forma fría e impersonal. Así no es como Dios esta con nosotros.

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

Dios es nuestro Padre al venir y unirse a nosotros por medio de su Hijo. Cristo tomó para sí una naturaleza humana para poder ser uno con nosotros. Así vive Él con nosotros. Así es como es Emanuel. Unió lo divino y lo humano en Su propia persona divina, y vive con nosotros de esa manera. Entonces, desde un punto de vista muy personal, ese es el mayor milagro de todos. ¿Es un milagro que los ciegos puedan ver? Es un milagro que los muertos resuciten? Conozco uno mayor: ¡Dios vive conmigo, y que Él habita conmigo! Ese es el mayor milagro porque nos conocemos a nosotros mismos, conocemos nuestra propia indignidad. Conocemos nuestro pecado. Conocemos nuestra depravación. Sabemos lo que merecemos. Por naturaleza merecemos ser echados afuera. Por naturaleza no merecemos a Emanuel, pero por naturaleza ¡Merecemos a Dios contra nosotros! Y, sin embargo, el Señor, en su misericordia, fue complacido en enviar a su Hijo unigénito para morar con nosotros y para habitar conmigo. Emmanuel: Dios con nosotros.

La encarnación, por tanto, es la razón por la que María es bendita. Fue su privilegio dar a luz a este niño, que salvaría a su gente de sus pecados. Fue con este propósito que Gabriel le dijo a María que su Hijo debía llamarse Jesús. Gabriel le dijo a María: *Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS. (Lucas 1:31).* Tenga en cuenta que este nombre está en letras mayúsculas en la versión King James. Los traductores de esta versión han hecho un favor respecto a esto, para que ese nombre nos llame la atención.

Cuando abres Lucas 1, ese nombre debe resaltar: ¡JESÚS! Ese nombre es el nombre más hermoso de todos los nombres en la tierra; hermoso porque nos revela la posibilidad de su otro nombre, Emanuel. El nombre Jesús revela el nombre Emanuel porque la salvación es la única manera en que es posible que Dios pueda habitar con nosotros. Retrocedamos por un momento al nombre Emmanuel, Dios con nosotros. Sabemos lo que merecemos por nuestros pecados y nuestras transgresiones, no podemos tener ningún lugar en el cielo con Dios.

MARÍA: BENDITA ERES TÚ !

Es posible que no tengamos ninguna comunión con Él. Puede que no seamos sus amigos, y ciertamente no sus hijos. Por naturaleza somos hijos del diablo. Por naturaleza deberíamos ser arrojados a oscuridad exterior. Pero el nombre de Jesús revela la posibilidad de Dios morando con nosotros. La posibilidad es que todos nuestros pecados sean eliminado por este Jesús. Él vino a dar su propia vida por la nuestra, para que todos nuestros pecados sean lavados. ¿Y ahora quien morará en el tabernáculo de Dios? ¿Quién ascenderá a su monte santo? (Salmos 24: 3) Podemos morar porque nuestras manos son puras y nuestros corazones están limpios por la obra del Señor Jesucristo quien a ¡lavando todos nuestros pecados! La palabra Salvador está en el nombre de Jesús. Jesús es la combinación de Jehová Salvador. Este Jesús es ¡el Salvador! El nombre Jesús es dulce porque revela la posibilidad de nuestra morada con Jehová Dios.

El nombre Jesús también es dulce porque revela la certeza de nuestra morada con Dios. “Salvación” y “Salvador” no son los únicos significados envueltos en ese nombre; también está el nombre “Jehová” en el nombre de Jesús: Jehová salvación. Éste quien nació de María es Dios mismo. Él es el gran YO SOY. Es la segunda persona de la Santísima Trinidad. Y por lo tanto el ángel anuncia a María: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios. Lucas 1:35*). Jesús es Dios mismo, y por lo tanto nuestra salvación no queda en manos de un simple hombre. Tenía que ser un hombre, pero tenía que ser más que un hombre. Tenía que ser también Dios, porque sólo quien es Él mismo, divino puede soportar la ira de Dios. Y porque él es Jehová, nuestra la salvación es segura. Eso hace que el nombre de Jesús sea el más dulce, el más maravilloso, y el nombre más hermoso que existe. Considere el poder de ese nombre. Considere dónde ha ido a parar ese nombre. Ese nombre se conoce en todos los idiomas de la tierra, ese nombre es hablado en voz baja por aquellos que están abrumados por cargas y aflicciones para que sean capaces de sobrellevarlas con paciencia.

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

Ese nombre Jesús es susurrado por aquellos que están ante las aguas del Jordán, antes de que partan de esta estancia terrenal en el desierto, para entrar en la Canaán celestial. El nombre Jesús, gritado en victoria, ha consolado y animado los corazones del pueblo de Dios desde que derramó Su Espíritu en la iglesia. ¡Jesús es el nombre de nuestra salvación!

La victoria de Jesús revela algo más sobre esto, el Hijo: que tendría el cargo real. el ángel Gabriel también le reveló esto a María en Lucas 1:32-33: *Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.* En esta profecía vemos el propósito completo de la obra de Jesús al salvarnos y morar con nosotros.

El propósito de su morada con nosotros no es que Él descendiera del cielo en nuestra miseria y quedarse aquí. Tampoco fue el propósito que Él descendiera para perecer aquí en la tierra como hombre. En cambio, el propósito de su morada con nosotros es que nos levante de nuestra miseria y nos llevé a Su reino. Él está buscando todos, el gran Rey, Él es el Hijo de David, el es el que el pueblo de Dios había estado buscando desde los días de David, y realmente, desde los días de Adán y Eva, cuando se prometió a la simiente de la mujer. Ellos estaban buscando el que sería el Rey poderoso, cuyo brazo era fuerte para traerles salvación y gobernar a su pueblo con integridad y justicia.

La ciudadanía en el reino del Señor Jesucristo es una de las mayores bendiciones de ser hijo de Dios. ¿Por qué? Porque ser ciudadano de su reino lo cambia todo sobre esta estancia terrenal. Si no fuéramos ciudadanos de su reino, entonces el único gozo que podríamos tener es el placer fugaz de unas pocas cosas terrenales.

MARÍA : BENDITA ERES TÚ !

Sin el reino de su Rey todopoderoso, con todas esas cosas terrenales pereceríamos y abriríamos los ojos en el infierno. Todos aquellos que no son ciudadanos del reino de Cristo deben terminar en miseria eterna en el infierno e incluso en esta vida ya comienzan llevando la ira de Dios contra sus pecados, pero para los hijos de Dios que son ciudadanos del reino celestial, la estancia no se trata simplemente de cosas terrenales, de hecho, no es nada sobre las cosas terrenales y los tesoros que podemos depositar aquí, porque como ciudadanos del reino celestial, somos sólo peregrinos y extranjeros. La esperanza de morar con Dios en la eternidad y vivir con Él en perfecta comunión cambia toda la cosmovisión del hijo de Dios. Es por esto que tener a ¡Jesús, el Rey de reyes, como nuestro Señor es una gran bendición!

Centrémonos por un momento en el alcance de esta bendición, lo cual también se revela en el mensaje de Gabriel a María, al contar a María que su hijo sería el Hijo de David y se sentaría sobre el trono de David, Gabriel predijo que “su en reino no habrá fin”. El reino de los cielos es eterno, por eso que desde ahora, hasta el fin de los tiempos y por toda la eternidad, se morará con Dios. Emanuel será la realidad para siempre de Dios con nosotros. Esa verdad nos da consuelo en nuestras presentes aflicciones, que pueden ser pesadas. En cualquier aflicción, es natural que busquemos un final. Ya sea una enfermedad grave o en cualquier prueba de la carne, anhelamos el fin de nuestra miseria. Pero toma todas esas pruebas y dejalas a un lado. Después, toma la eternidad de Emanuel ¡una eternidad de vida con Cristo! Y colóquelo en el otro lado y luego pese estos dos contra sí. Descubrirás que las aflicciones de esta vida ni siquiera pueden ser comparadas con la vida que tenemos con Dios, porque su reino no tiene fin.

¿Te parece esto imposible? ¿La promesa de la vida eterna con Dios parece tan lejana que piensas que no puede ser verdadera.

LAS IMPROBABLES MADRES DE CRISTO

Proceda a leer en Lucas 1:37 lo que Dios nos revela mediante la encarnación de su Hijo: *“Por que nada hay imposible para Dios.”* Lo que estaba pasando en María era imposible. Ella no conocía a ningún hombre. Era biológicamente imposible que ella estuviera embarazada. Pero el ángel le mostró a María la posibilidad de lo imposible cuando nuestro Dios soberano esta involucrado. *“El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado hijo de Dios.”* Como para probar su punto de que todas las cosas son posibles con Dios, el ángel le dijo a María: *“Y he aquí tu prima Isabel, ella también ha concebido un hijo en su vejez: y este es el sexto mes para ella, la que llamaban estéril”.*

¿Quieres pruebas, María? Si el Señor puede darle a Juan el Bautista a una Elisabet estéril, entonces el Señor puede darle a Jesús el Cristo a la virgen María. ¿Quieres pruebas, hijo de Dios? Si Dios puede sacar a su Hijo de una madre virgen, entonces puede llevarte a la comunión eterna, libre de pecado y miseria, con él. Con Dios todo es posible. Lo que queda muy claro en esta Palabra de Dios es que la encarnación de Jesús influye directamente en nuestro consuelo y en nuestra salvación. No sólo le era imposible a María tener un hijo, pero es humanamente imposible que tú y yo seamos salvos. Es humanamente imposible.

No hay nada en mí en lo que pueda confiar para quitar mis pecados. No hay nada en mí que yo puedo confiar para cambiar mi corazón. Por naturaleza tu y yo estamos muertos en delitos y pecados. Por naturaleza somos corruptos. No hay posibilidad de nuestra parte para traer la salvación, pero con Dios nada es imposible.

Dios envió a su Hijo unigénito a través de la virgen María para que tengamos vida.

Y así llegamos al final de las improbables madres de Cristo en el mismo lugar donde empezamos: levantando la mirada de estas madres para contemplar y centrarnos en su Hijo, y alzando nuestros ojos de su Hijo para contemplar a nuestro Dios, que nos ha dado a Jesús, Emanuel, Dios con nosotros. Amén.

**Faith Protestant Reformed Church
Evangelism Committee**

7194 20th Avenue
Jenison, Michigan 49428
Teléfono: 1.616.457.5848
Email: fec@faithprc.org
Web: www.faithprc.org